72

ADMINISTRACIÓN.

LIRICO-DRAMATICA.

Á CASA

CON MI PAPÁ

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA

SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

D. MARIANO PINA DOMINGUEZ

MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA.
1886.

20

AUMENTO Á LA ADICION AL CATALOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración.
2	2	A caza de 50 duros	1	D. Adolfo Gil Porro	Todo.
3	3	Afortunado en el juego-j. o. p.	1	Sres. Rubio y Rivero	»
4	3	Á tiempo vino mi herencia	1	D. Antonio Clavero	»
»	»	A vivir—j. o. p.	1	Ramon de Marsal	»
»	»	¿Cual de los dos?	1	N. N.	»
»	»	Conflicto matrimonial	1	Julian García Parra	»
»	2	Diente por diente—j. o. v.	1	Fiacro Iráyzoz	»
»	»	El ab!t no fá el flaré	1	N. N.	»
2	2	¡El Coco!	1	Francisco Flores García	»
»	»	El Marsellet	1	N. N.	»
»	»	El ramillete	1	Augusto E. de Mádan	»
»	»	El rellogat	1	N. N.	»
»	»	El tercer partido	1	Santiago Gascón	»
»	»	El sereno equis	1	Augusto E. de Mádan	»
»	»	Entrés por un punio	1	Eusebio Sierra	»
3	1	El tren del matrimonio	1	Luis Roman	»
»	»	Felicidades	1	Juan Pérez Zúñiga	»
»	3	Golondrina	1	Miguel Ramos Carrión	»
16	2	Hoy se casa mi sobrina	1	Antonio Clavero	»
1	1	Ingeniosa caridad	1	Manuel Diaz de Arcaya	»
3	»	La familia del miñó		N. N.	»
»	3	La Golondrina	1	Miguel Ramos Carrión	»
»	2	La señá Condesa	1	Sinesio Delgado	»
12	»	Levantar la caza	1	Pedro de Gorriz	»
»	»	Los corridos	1	Ramón de Marsal	»
5	2	Lo más dels Estornells	1	Pablo Montellá	»
2	3	Lo que no ve la opulencia	1	José Postigo y Acejo	»
2	5	Lucha de hermanos	1	N. N.	»
»	»	Maridos al por mayor	1	Sres. Gascón y Parra	»
»	»	Matrimonios á duro	1	D. Augusto E. de Mádan	»
»	»	Noche-buena	1	N. N.	»
»	»	Ploramiquis	1	N. N.	»
4	1	Por una errata	1	Enrique Alvarez	»
8	6	Pepa la frescachona, ó el colegial desenvuelto	1	Ricardo de la Vega	»
»	»	Recuerdos de un baile	1	Augusto E. de Mádan	»
»	»	Selets	1	N. N.	»
»	»	Slollerens	1	N. N.	»
»	»	Ultramarinos	1	Tomás Luceño	»
1	5	Un décimo de la loteria	1	N. N.	»
2	2	Una casa de locos	1	Adolfo Gil Porro	»
»	»	La señora de Matute	2	Pedro de Gorriz	Mitad.
1	2	Por causa de mi hijo	2	Adolfo Gil Porro	Todo.
»	»	Un Cupido de cien años	2	Augusto E. de Mádan	»
»	»	El agua de remozar	3	Augusto E. de Mádan	»
»	»	El bandido incógnito	3	José Sanchez	»
7	3	El crímen de Faverne	3	Malvar y Chas de Lamotte	»
»	»	El deber de un hombre honrado	3	F. Barbero	Mitad.
»	»	La comedia del mundo	3	Augusto E. de Mádan	Todo.
»	»	La dama de las Camelias	3	Luis Valdés	»
»	»	La inquisición en Venecia	3	José Sanchez	»
5	4	La torre dels Cadells	3	Pablo Montellá	»
»	»	Peraltilla.—c. o. v.	3	Augusto E. de Mádan	»
»	»	Pold.—d. a. p	3	José Sánchez	»
»	»	Vivir de milagro.—c. a. p.	3	Navarro y Rivero	»
»	»	Wilfrida.—d. o. v.	3	Augusto E. de Mádan	»

Á CASA CON MI PAPÁ.

Al distinguido autor D.n
Julio [illegible]
su [illegible]
M. Pérez [illegible]

A CASA CON MI PAPÁ

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA

SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

D. MARIANO PINA DOMINGUEZ.

Representada por primera vez en Madrid, en el Teatro de la PRINCESA, el 3 de Diciembre de 1886.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRÍGUEZ.
Atocha, 100, principal.
1886.

PERSONAJES.		ACTORES.
JUANA........................	SRAS.	MENDOZA TENORIO.
LUCÍA........................		J. MARTINEZ.
IRENE........................		GUERRA.
EMILIA........................		LAMADRID.
TERESA........................		SUAREZ.
DOLORES........................		MAVILLARD.
CLARA........................		CANCIO.
JULIAN........................	SRES.	MARIO.
ANDRÉS........................		SÁNCHEZ DE LEÓN.
AMADEO........................		ROSELL.
ENRIQUE........................		MENDIGUCHÍA.
ANTONIO........................		MARTINEZ.

Derecha é izquierda la del actor.

ACTO PRIMERO.

Salón elegante. Puertas al foro y laterales. Piano á la derecha del actor. Velador á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

AMADEO y EMILIA.

Aquél sentado cerca del velador, escribe. Emilia toca en el piano unas variaciones.

AMADEO. (Cuánto siento haberla obligado á saber música.) (Da señales de impaciencia.) ¡Pero hija, toca siquiera más piano!

EMILIA. (Levantándose.) ¿Qué dices, papá?

AMADEO. ¡Nada! (Más vale que no toque.)

EMILIA. ¿Te gustan estas variaciones?

AMADEO. ¿Se llaman variaciones todo ese tecleo?

EMILIA. ¡Oh! ¡Son preciosas!

AMADEO. Demasiado brillantes. Preferiría cuando trabajo que bajases siempre el pedal.

EMILIA. ¿Á quién escribes?

AMADEO. Á nadie. Me ocupo de tí.

EMILIA. ¿De mí?

AMADEO. De tu boda. Estoy haciendo el balance de la dote. Joyas, papel del Estado, dinero, trajes... Mira, mira. De esta hecha me dejas arruinado.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA IRENE.

IRENE. ¡Niña! ¿Por qué no tocas?
AMADEO. ¿Otra vez?
IRENE. No me gusta que abandone tanto el piano.
AMADEO. Pero si no se separa un momento de las teclas. Déjanos descansar un poco.
EMILIA. Estábamos hablando de cosas serias.
AMADEO. ¡Eso es! Hablábamos de su dote. Ya ves tú si una dote es cosa seria. Precisamente cuando has llegado la iba á decir: Ya sabes, hija mia, que te casas bajo el régimen dotal.
EMILIA. ¿El régimen dotal? ¡Ah! Sí. ¿Eso significa que llevo dote?
AMADEO. Justo. Y que tu marido no podrá comérsela nunca.
EMILIA. ¡Bah! Si juzgas á Enrique de ese modo, ¿por qué me le das entonces por marido?
IRENE. Nosotros no le juzgamos mal. Tomamos nuestras precauciones.
AMADEO. Tu futuro pertenece á una honrada familia. Es hombre de carrera.
IRENE. Médico-cirujano.
AMADEO. Justo. Carrera de médico. Sus padres le entregan al casarle seis mil duros, y diez que tú llevas, suman diez y seis mil.
EMILIA. Sin contar lo que él gana. El año anterior ganó cinco mil reales.
AMADEO. Como médico.
EMILIA. ¡Ya lo creo!
AMADEO. Pues tiene un porvenir brillante. Si se desarrolla en vuestro barrio la viruela, os haceis millonarios.
EMILIA. Enrique tiene mucha parroquia.

AMADEO. Es verdad. Pero nunca está enferma.
EMILIA. Y me ha dicho que dentro de poco se hará especialista, porque así inspiran los médicos mayor confianza.
AMADEO. ¡Claro está! Como que de ese modo no matan más que á una clase.
IRENE. Eso es. Búrlate, búrlate. Ya veremos la cara que pones cuando se case nuestra hija y se separe de nosotros.
AMADEO. Dentro de seis semanas.
EMILIA. El quince de Mayo.
AMADEO. Quedaremos solos.
EMILIA. Yo vendré á veros diariamente.
AMADEO. ¿Quién me dará la bata y las babuchas?
IRENE. ¿Quién me llevará el chocolate á la cama los domingos.
AMADEO. ¿Quién me despertará de mis siestas con un beso?
IRENE. ¿Quién tocará el piano después de comer?
AMADEO. Lo que es eso, maldito si me importa. Bastante me ha calentado ya los oídos.
IRENE. No tienes gusto, Amadeo.
AMADEO. Es verdad, vidita. Lo comprendo.
IRENE. Anda, hija mía. Arréglate un poco. Tu futuro no tardará en venir.
AMADEO. Y por cierto que la entrevista de hoy puede llamarse la primera.
EMILIA. ¿La primera? ¿Y por qué?
AMADEO. Porque os dejaremos solos por primera vez.
EMILIA. ¿Solos?
IRENE. ¿Te asusta la idea?
EMILIA. No tal. Pero no sabré de qué hablarle.
AMADEO. Le hablas de cosas indiferentes.
IRENE. Sobre todo mucha sencillez. Las jóvenes deben ser sencillas. Así lo dice el manual.
EMILIA. ¿Qué manual?
IRENE. El que compramos cuando se casaron tus hermanas. Mírale. (Saca un librito.)
AMADEO. ¡Ah! ¡Todavía lo conservas!
IRENE. ¡Todo está aquí previsto! Consulta con él, y sigue bien

sus instrucciones. (*Lo deja sobre la mesa.*)

EMILIA. Bueno, mamá. Hasta luego.

ESCENA III.

IRENE y AMADEO.

AMADEO. Maldito si comprendo la utilidad de semejantes libros. Nosotros nos casamos sin manual, y me parece que no olvidamos nada.

IRENE. ¿Y qué quieres? Los tiempos progresan, y cada época tiene sus exigencias.

AMADEO. Es verdad, vidita...

IRENE. Juana y Luisa siguieron al casarse los sábios consejos de ese culto tratado.

AMADEO. Apropósito de Luisa. Tengo que reñirla.

IRENE. ¿Por qué?

AMADEO. Porque es insoportable. El pobre Julián no tiene un minuto de tranquilidad.

IRENE. La culpa es suya. Si no fuese tan débil de carácter.

AMADEO. Luisa le tiraniza, obligándole á hacer, no solo lo que ella quiere, sino todo aquello que le molesta.

IRENE. Precisamente lo contrario de lo que á Juana le ocurre. Andrés se ha vuelto despótico é intratable. No la permite ir á bailes ni á reuniones. Pero yo hablaré con él, no hay cuidado.

AMADEO. ¡Chist! No te mezcles en eso. Tú eres suegra, y las suegras no arreglan nada. Sabes lo que les falta á Juana y á Lucía para no preocuparse de simplezas? Pues les falta un hijo. El matrimonio sin hijos resulta tan árido como un cuarto desalquilado. Nosotros hemos sido dichosos porque lo amueblamos muy bien.

IRENE. Quizás, Juana y Luisa se quejen alguna vez sin razón.

AMADEO. La mayor parte. Créelo, vidita, sus maridos son buenos. Ambos asociaron sus intereses hace años, y se quieren mucho. ¡Figúrate! Dos socios que no han reñido nunca. ¡Deben ser ángeles del Cielo!

ESCENA IV.

DICHOS y EMILIA.

EMILIA. Ahí está, mamá.
IRENE. ¿Quién?
EMILIA. Mi futuro. Le he visto desde el balcón.
AMADEO. Bueno. Pues recíbele sola.
IRENE. Primera entrevista.
EMILIA. ¿Y qué le digo?
AMADEO. Ya se te ocurrirá.
IRENE. Consulta ese libro. Mucha sencillez.
AMADEO. (¡Cuánto trabajo cuesta casarlas!) (Vanse.)

ESCENA V.

EMILIA y ENRIQUE.

ENRIQ. ¡Señorita!...
EMILIA. Felices.
ENRIQ. ¿Cómo tan sola? ¿Está enferma mamá?
EMILIA. No señor. Nada de eso.
ENRIQ. ¡Ah! Creía... Como nunca he tenido la dicha de hallarla á usted sola.
EMILIA. (Y yo que no he leido el manual.) (Se sienta cerca del velador, y lo hojea á hurtadillas.)
ENRIQ. Supongo que esta casualidad será para usted también muy agradable, porque en fin, si hemos de vivir siempre juntos, conviene empezar el aprendizaje.
EMILIA. (Leyendo.) Capítulo octavo. Deje usted el sombrero.
ENRIQ. En seguida. (Va al foro.)
EMILIA. (Leyendo rápidamente.) Al día siguiente de la boda. (No es esto todavía.)
ENRIQ. Aquí me tiene usted dispuesto á decirla que la amo más que nunca; ¡que es usted divina, encantadora!...
EMILIA. Mil gracias. Pero... coja usted aquella silla. (La más lejana.)

ENRIQ. En seguida.

EMILIA. (Leyendo.) «Primera entrevista.» Ah. «La joven se mostrará casta y reservada.» (Ya sabía yo esto.)

ENRIQ. (Acercando la silla.) Y usted, bellísima Emilia; ¿me quiere usted mucho?...

EMILIA. ¡Oh! ¡Hay que ser reservada!

ENRIQ. ¿Reservada conmigo? ¿Con el que ha de ser dentro de poco su esposo?...

EMILIA. (Dice bien.) Enrique.

ENRIQ. Señorita...

EMILIA. Si fuese usted tan amable que cerrase aquel piano...

ENRIQ. En seguida.

EMILIA. (Leyendo.) «El jovén bien educado, debe ser amable y expresivo sin insistencia.»

ENRIQ. ¿Cierro también la tapa?

EMILIA. Todo, todo. «Una joven casta deberá recordárselo de vez en cuando.»

ENRIQ. Está usted complacida. ¡Oh, Emilia! Si usted supiera cuán dichoso soy en este momento.

EMILIA. ¡Sin insistencía! Enrique, sin insistencia.

ENRIQ. ¿Eh?

EMILIA. Siga usted, siga usted.

ENRIQ. ¿Recuerda usted la primera vez que nos vimos? Usted paseaba con su mamá por la Castellana. Yo iba á visitar un enfermo atacado de fiebre tifoidea. Su mirada de usted me inspiró de tal modo...

EMILIA. Que lo salvó usted.

ENRIQ. ¡Sí, señora! Lo salvé del tífus, pero murió aquella noche de apoplegía.

EMILIA. Que sea enhorabuena.

ENRIQ. Desde entonces la amo á usted. (Le cogo la mano.)

EMILIA. ¡Sin insistencía, Enrique! (Se levanta.)

ENRIQ. Hábleme usted de su infancia. Cuénteme usted toda su vida. ¿Ha estado usted enferma alguna vez?

EMILIA. ¡De sarampión!

ENRIQ. Y no haber estado yo allí para curarla.

EMILIA. (Leyendo.) «El hombre más espiritual puede parecer

estúpido en la primera entrevista.»

ENRIQ. ¿Eh? ¿Qué dice usted?

EMILIA. Es... La... (Torpe de mí.) Es este manual quién lo dice.

ENRIQ. ¿Ese manual?

EMILIA. Sí, señor, mire usted. (Leyendo.) «Tratado del matrimonio, por la marquesa de Hanssanville, traducido por *N. N.*» Todo está aquí previsto.

ENRIQ. ¿De veras?

EMILIA. «Primera parte: Las amonestaciones. Segunda: El matrimonio. Primer año.» Papá arrancó las hojas. «Torcera parte: La viudéz. Reglas que debe observar la viuda para volver á casarse.» ¿Es muy útil, verdad?

ENRIQ. ¡Mucho! Pero diga usted. ¿En qué momento está un novio autorizado para besar la mano á su novia.

EMILIA. Una vez al llegar y otra al marcharse.

ENRIQ. Pues cumplamos con la llegada.

EMILIA. El manual lo dice. Uno solo.

ENRIQ. (Le besa la mano.) Gracias. (Le coge la otra mano y la besa.) Gracias.

ESCENA VI.

DICHOS, AMADEO é IRENE.

IRENE. ¡Niña! ¡Una vez al llegar y otra al marcharse!

ENRIQ. Era el de marcharse, señora. (Y dentro de diez minutos el de llegada.) Hasta luego...

IRENE. Memorias á la mamá...

ESCENA VII.

EMILIA, AMADEO, IRENE.

AMADEO. ¿Qué tal? ¿Cómo te has portado, hija mía?

EMILIA. Perfectamente, pero desde hoy abandono el manual. Ya saldré sola del compromiso.

AMADEO. Nunca le usé yo, ni maldita la falta que me hizo.

ESCENA VIII.

DICHOS, CLARA.

CLARA. ¡Señora, señora!
IRENE. ¿Qué ocurre?
CLARA. Ahí está la señorita Juana.
IRENE. ¿Mi hija? Bueno. Que pase.
CLARA. Es que... la señorita me ha encargado que viese si había en el salón algún extraño, porque como viene llorando...
IRENE. ¿Llorando?
AMADEO. ¿Juana llora?
CLARA. Como una Magdalena. Y además, se ha traido el equipaje.
IRENE. ¿El equipaje?
AMADEO. ¡Demonio!
IRENE. Vé corriendo. Díla que pase...
CLARA. Voy allá.
AMADEO. ¿Qué significa esto?

ESCENA IX.

DICHOS, JUANA y CLARA.

Juana saca un pequeño cavá. Clara una maleta y un perrito.

JUANA. (Llorando.) ¡Buenos días, mamá. (La besa.) Buenos días, papá. (Id.) Buenos días, Emilia... (Llorando más cada vez.)
IRENE. ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?
AMADEO. ¿Ocurre algo grave?
CLARA. ¿Dónde pongo esto, señorita?
AMADEO. En cualquier parte. Déjanos.
JUANA. Ten mucho cuidado con Azulina. (Por la perra.) Ese animal es lo único que me queda... (Vase Clara.)
AMADEO. Vamos, cálmate, y dínos lo que pasa.

JUANA. (Pudiendo apénas hablar.) Nada... Que vengo á vivir con vosotros.

AMADEO. ¿Con nosotros? ¡Canario!

IRENE. ¿Por qué razón? ¡Ah! Vamos... Alguna riña con tu marido...

JUANA. Naturalmente. Ya sabeis que tengo muy buen carácter... Pues bien: no puedo seguir viviendo con Andrés... Hoy le he abandonado para siempre.

AMADEO. ¡Pero hija!

EMILIA. ¡Digo, eh! ¡Un hombre que al parecer te adoraba!

IRENE. Mira, niña, ve á preparar un poco de tila para tu hermana.

EMILIA. Voy, mamá. (Vase.)

AMADEO. ¡Oye! ¡Tres tazas!... Tu madre y yo la necesitaremos. (Á Juana.) ¡Vamos! ¡Cuéntalo todo!...

JUANA. ¡Soy la más desgraciada de las mujeres!

AMADEO. ¡Bueno! Todas dicen siempre lo mismo. Adelante.

JUANA. Andrés no me comprende.

AMADEO. Eso será porque tú no te explicas, claro.

IRENE. ¿Pero en fin, qué ocurrió? Acaba.

JUANA. Ayer estábamos invitados á un baile en casa de la baronesa de la Flor. Yo tenía preparada una *toilette* ¡divina! ¡Qué *toilette*! Vestido de terciopelo azul pálido, con encajes blancos. Cuerpo con escote de pico, guarnecido de una guirnalda de rosas de té. El costado derecho, todo de encajes; delantal de encaje español bordado de perlas, y una cola muy larga en forma de peplúm. ¿Te haces cargo, mamá?

IRENE. ¡Perfectamente!

JUANA. ¿Y tú, papá?

AMADEO. ¡De la cola, sobre todo!

JUANA. Andrés llegó á casa á las once. ¡Ya no se acordaba del baile!

IRENE. ¿Es posible?

JUANA. ¡Y tan posible! Y hasta tuvo la osadía cuando yo se lo recordé, de proponerme que no fuésemos.

AMADEO. (Yo hubiera hecho lo mismo.)

JUANA. ¿Estás loco? Le dije. ¿Y mi traje? Servirá dentro de ocho días ¡Ya ha pasado la moda! ¡Vamos! Sacrifícame ese baile. Que no, que sí, repito que no, hasta que por último...

AMADEO. Andrés fué á vestirse.

JUANA. Naturalmente. Pero aguarda. Llegamos al baile, y apenas dieron las dos, empezó á suplicarme que volviésemos á casa. No daba una vuelta por el salón sin que repitiese, «Juana, á casa.» No acababa de bailar una polka ó unos lanceros, sin que volviese á repetir «á casa, Juana,» hasta que cansada de tan horrible sonsonete, y además queriendo darle gusto, consentí en marcharme. Cuando entramos en casa no eran más que las seis de la mañana.

AMADEO. (¡Pobre hombre!)

JUANA. ¿Creen ustedes que se acabó todo?

AMADEO. Lo esperaba para su provecho.

JUANA. ¡Ya, ya! En casa una cuestión. No respondí. Esta mañana, otra. Yo callada. Hasta que concluyó hace una hora por tirarme por el balcón.

AMADEO ó IRENE. ¿Á tí?

JUANA. ¡No! El traje de baile.

AMADEO. ¡Ah! ¿Con cola y todo? (Me alegro.)

JUANA. ¿Qué te parece?

AMADEO. Que nada de cuanto ha ocurrido vale la pena. Riñas de enamorados sín consecuencias.

JUANA. Todo terminó entre nosotros. Desde hoy ¡á casa con mi papá!

IRENE. Tu padre areglará el asunto, ¿verdad, Amadeo?

AMADEO. ¡Sí, vidita!

JUANA. ¡Imposible! Será inútil Ya conoces mi carácter. No puede ser mejor. Pues ni aun así volveré al lado de mi marido.

IRENE. Ven, hija mía, ven y descansarás un poco.

JUANA. ¿En dónde han encerrado á Azulina.

IRENE. Ahora nos lo dirán.

JUANA. ¡Es lo único que me queda en el mundo!

ESCENA X.

AMADEO, luego JULIÁN y LUCÍA.

AMADEO. Pues señor, si fuese yo su esposo no intentaría el asalto de la plaza. Bastaba con sitiarla por hambre...
LUCIA. ¡Buenos días, papá!
AMADEO. ¡Hola! ¡Lucía, Julián!
JULIAN. Felices. (Serio.)
AMADEO. Á buen tiempo llegais. Tú hermana acaba de reñir con su esposo y la tenemos aquí sin poder consolarla. Tal vez si vosotros la aconsejárais que...
JULIAN. Un instante. Dejemos eso ahora. ¿Doña Irene ha salido? (Lucía y Amadeo muy sorprendidos del tono solemne de Julián.)
AMADEO. No tal.
LUCIA. ¡Qué tono tan solemne!
JULIAN. ¿Me hace usted el favor de llamarla?
AMADEO. ¿Para qué?
JULIAN. ¿Me hace usted el favor de llamarla?
AMADEO. ¡Si, hombre! (Llamando.) ¡Allá voy, Irene, Irene!
LUCIA. (Á Julián.) ¿Qué significa esto?
JULIAN. Ahora vas á saberlo; no te apures.

ESCENA XI.

DICHOS, IRENE.

IRENE. ¡Calla! ¡Lucía! ¡Julián! Así me gusta. Juntitos. No os parecéis á esa tonta de Juana que...
JULIAN. Dejemos eso ahora. Tengan ustedes la bondad de sentarse.
IRENE. ¿Para qué?
JULIAN. Siéntense ustedes. (Todos se sientan.) Mi querida mamá suegra, mi queridísimo papá suegro.
AMADEO. (¿Papá suegro? Está furioso.)

JULIAN. Hace diez y ocho meses que tuve la dichosa idea de pedir á ustedes la mano de Lucía.

IRENE. Pero...

JULIAN. Déjeme usted continuar. Lucía, de apariencia delicada... sólo de apariencia, era muy bonita; lo es todavía.

AMADEO. Gracias.

JULIAN. Lucía, repito, modelo de futuras, tierna, expresiva sin exageración, cariñosa y buena...

IRENE. Se ciñó al manual.

JULIAN. Cambió por completo de carácter en cuanto añadió á su nombre el mío.

LUCIA. ¿Yo?

JULIAN. ¿Que fué de aquella joven cándida é inocente?

LUCIA. ¡Julián!

JULIAN. ¿Qué fué de aquella sencilléz tan encantadora? Su genio, de dulce se trocó en ágrio; su intención, de inofensiva, se cambió en torpe y aviesa; convirtiéndose mis días y mis noches en perpétuo martirio. Ustedes me conocen. Soy el hombre mejor de la tierra. Pues ni aun así puedo sufrirla. Siempre me lleva la contraria. ¡Siempre! Si quiero salir, no quiere que salga. Si quiero quedarme, me obliga á salir. Basta que yo sostenga una opinión, para que ella sustente otra. En una palabra: mi mujer se ha convertido en tormento constante. Yo he probado corregirla con la dulzura, con la amenaza, con la persuasión. Inútil. He consultado hasta con los médicos. Uno me aconsejó que la arrimase una paliza.

LUCIA. ¡Caballero!

JULIAN. Era homeópata, y no me fío de ese sistema.

AMADEO. ¡Más vale así, caramba!

JULIAN. En este cuaderno (Saca uno.) están consignadas mis impresiones. Verán ustedes. (Leyendo.) «Doce de Febrero: Lucía me ha movido un escándalo porque dije que Eva perdió al primer hombre y á los siguientes.»

IRENE. ¿Y porqué has dicho eso?

AMADEO. Pues decía bien. Muy bien.

JULIAN. «Trece de febrero: Chuletas de carnero para el almuerzo.»

AMADEO. Me gustan mucho.

JULIAN. Yo las odio. Y á pesar de saberlo mi esposa... Á pesar de saberlo. «Catorce de febrero: Chuletas de carnero. Quince, diez y seis, diez y siete.»

AMADEO. ¡Chuletas de carnero!

JULIAN. ¿Qué tal?

AMADEO. Que son muchas chuletas.

IRENE. Mal hecho, hija mía.

LUCIA. ¡Vaya una sandéz!

JULIAN. Algunas veces he llegado á pensar en el suicidio, pero me he arrepentido.

AMADEO. Lo comprendo.

JULIAN. Por último; he tomado la única resolución práctica y eficáz. Aquí tienen ustedes á su hija.

AMADEO. (Levantándose.) ¡Canario!

IRENE. ¿Eh? (Id.)

JULIAN. Desde hoy, á casa con su papá.

LUCIA. ¡Ah! ¡Caracoles! ¡Ya comprendo!

AMADEO. Poco á poco, señor yerno, poco á poco.

JULIAN. No me llame usted yerno de hoy en adelante.

AMADEO. Tú no tienes derecho para hacer semejante cosa.

JULIAN. ¿Quién me lo impide?

AMADEO. ¡Primero, la ley! Después la moral.

JULIAN. ¿La ley? ¿Me impide la ley salir hoy mismo de Madrid? ¿Me impide la moral emprender un viaje que dure cincuenta años? Señor don Amadeo, Señora doña Irene, tengo el honor de saludar á ustedes.

IRENE. ¡Julián!

AMADEO. ¡Aguarda, condenado!

JULIAN. (Á Lucia.) Dentro de poco recibirás aquí tu equipaje.

AMADEO. ¿También ésta? Han tomado mi casa por una estación.

LUCIA. Ya me las pagarás todas juntas.

JULIAN. Tengo el honor de saludar á ustedes.

Irene. ¡Oye! ¡Julián!
Amadeo. ¡Yerno! Digo, hijíto... Digo... ¡Nada! ¡Se marchó!

ESCENA XII.

DICHOS, menos JULIÁN.

Lucia. ¡Déjalo, papá! ¡No te rebajes!
Amadeo. ¡Es claro! ¡Déjalo! ¡Déjalo! ¡Y ya son dos, con baules y todo.

ESCENA XIII.

DICHOS y EMILIA.

Emilia. ¿Qué pasa? ¿Por qué gritais así?
Amadeo. ¡Cuatro tazas de tila! ¡Corre, hija mía!
Emilia. Pero...
Amadeo. ¡Cuatro tazas!
Emilia. ¡Bueno, bueno! ¡Allá voy!... (Vase.)

ESCENA XIV.

DICHOS, menos EMILIA.

Irene. (Á Lucía.) ¡Tú tienes la culpa de todo!
Amadeo. ¡De todo!
Irene. ¡Contrariar sus caprichos! ¡Qué cegüedad!
Amadeo. ¡Querer atracarle de chuletas! ¿Dónde se ha visto eso?

ESCENA XV.

DICHOS y JUANA.

Juana. Pero señor, ¿qué sucede aquí?... ¡Ah!... ¡Lucía!...
Amadeo. ¡Cabal! Ya estais iguales.
Juana. ¿Cómo iguales?...
Amadeo. Claro. Su marido acaba de endosármela, y tú has en-

dosado á tu marido... Total, dos endosos que apabullan á tu padre.

IRENE. La mujer debe obedecer al marido. ¿Por qué quieres dominarle? (*Á Lucía.*)

LUCIA. ¡Ah! ¿Tú me dices eso?

IRENE. Sí señora.

LUCIA. ¡Cuando me consagro á aplicar tu propio sistema!

IRENE. ¿Mi sistema?

AMADEO. ¿Qué sistema?

LUCIA. ¿Acaso no has hecho siempre de papá lo que has querido?

AMADEO. ¿Eh?

JUANA. Lucía dice bien. Amadeo, es preciso hacer esto... Si, vidita. Debemos hacer lo otro. ¡Sí, vidita! Y siempre si, vidita.

LUCIA. Lo ves... Tu propio sistema.

AMADEO. ¡Pues es verdad! Y yo sin apercibirme de... ¿Conque he hecho siempre cuanto te ha dado la gana?

IRENE. Justo. Porque siempre he querido aquello que podías hacer. En cambio tú exiges de tu esposo lo que rebaja su autoridad, lo que hiere su orgullo. En el matrimonio no hay sistemas. No hay más que un hombre cariñoso y una mujer honrada que viven felices cuando tienen inteligencia y corazón.

AMADEO. Ahí teneis nuestro sistema.

LUCIA. ¿Luego soy yo la culpable?

AMADEO. Debes decírselo á Julián.

LUCIA. ¡Eso nunca! ¿Confesarlo? ¡Para que abuse de la situación!

JUANA. ¿Y el amor propio, papá? ¿Dónde lo dejas?

AMADEO. Decid el falso amor propio... Pero, señor, como abusan estas señoritas de la educación mal entendida. Vosotras teneis mucho amor propio; pero no aceptais el de los demás. Valiente teoría.

IRENE. Vuestro padre tiene razón.

AMADEO. Si, vidita.

JUANA. ¿Lo oyes, Lucía?

Amadeo. Mirad á vuestra madre. Cuando se casó, sólo sabía leer, escribir y contar.

Irene. Contar, sobre todo..

Amadeo. Es verdad, vidita. Porque la ortografía no se hizo para tí. Escribes mujer con *q* y tapón, con *h*, pero eso no importa. Tus hijas en cambio, saben francés, inglés, música... qué se yo... todo, ménos la ortografía del corazón... Y la culpa fué nuestra, si señor. Nosotros quisimos convertirlas en jóvenes á la moda, debiendo haberlas hecho mujeres de su casa. ¡Es claro! Nos hablaban de Rómulo y de Carlo-Magno, y se nos caía la baba, y nos poníamos como un tomate de vergüenza por no conocer á esos señores... ¡Toma, toma! Si aprendí yo á escondidas la geografía para no parecerlas un imbécil cuando me hablaban del mar Rojo y de las islas Chinchas... ¡Bah, bah! Querer mucho á vuestro marido. Tened hijos robustos... Ved si el cocido está sabroso, y no os ocupeis del Africa, ni de la China, ni de Cristóbal-Colón.

Juana. Eso es. Conviértenos en idiotas.

Amadeo. Os convierto en mujeres, que vale más.

ESCENA XVI.

DICHOS y CLARA.

Clara. ¡Señorita! Señorita Juana. Su esposo de usted está ahí, y quiere verla á usted.

Irene. ¡Me alegro!

Juana. Dí que no estoy en casa. Pero no. Dí que estoy, pero que no le recibo.

Clara. Corriente.

Amadeo. ¡Aguarda! Eso es una atrocidad.

Irene. Piensa que es tu esposo, hija mía.

Lucia. (Á Juana.) Firme, firme.

Juana. (Á Clara.) Obedece.

CLARA. Si señora.

AMADEO. ¡Clara! (Se acerca á Juana.) Vamos, Juana. Tu padre te lo ruega. Hazlo por tu padre.

JUANA. Bueno. Obedeceré. Dile que pase.

IRENE. (Á Amadeo.) ¿Les dejamos solos?

AMADEO. Sí, vidita.

LUCIA. (Á Juana.) ¿Quieres que te acompañe?

JUANA. ¿Para qué?

LUCIA. ¿Firmeza, eh?

JUANA. No hay cuidado.

LUCIA. Mucha firmeza.

ESCENA XVII.

JUANA y ANDRÉS.

ANDRES. ¡Gracias á Dios! Pues no es flojo susto el que me has dado. Llego á casa, y me dice la chica. No busque usted á la señorita, porque acaba de marcharse con su ropa. ¿Qué significa esto?

JUANA. Significa, que he decidido no vivir más contigo.

ANDRES. ¿Eh? ¿Pretendes burlarte?

JUANA. Hablo sériamente.

ANDRES. ¿Separarnos? ¡Por qué!

JUANA. Porque desde que me casé, soy muy desgraciada.

ANDRES. ¿Desgraciada? ¡Ah, vamos! No me perdonas lo que hice esta mañana con tu vestido de baile.

JUANA. Ni lo que dijiste al arrojarle por el balcón. ¡No volveremos á ningún baile!

ANDRES. ¡Justo! Porque no quiero verte más en brazos de otro hombre.

JUANA. ¿Cómo en brazos?

ANDRES. ¡Sí! ¿No aprietan tu talle? ¿No estrechan tu mano?

JUANA. Las manos llevan guantes. Y los brazos también. ¡De veinte botones!

ANDRES. Treinta os hacian falta en el escote.

JUANA. ¡Qué ridiculez!

ANDRES. ¡Sea usted marido! Entregue usted su mujer á esos pollos incansables que no las abandonan en toda la noche. Véalas usted danzar como demonios sin tregua ni reposo, y oígalas usted decir luego. ¡Cuánto me he divertido! Ellas si. ¡Pero nosotros!...

JUANA. Todos los pueblos han conocido el baile.

ANDRES. ¡También han conocido la infidelidad!

JUANA. Pero si no se trata solo del baile. ¿Y el teatro?

ANDRES. ¡Ah! ¿No te llevo al teatro?

JUANA. Cada seis años.

ANDRES. Bueno. Siempre que hay un éxito.

JUANA. No es solo el teatro.

ANDRES. ¿Aún hay más?

JUANA. Yo no puedo salir sin decirte donde voy. No puedo entrar sin que me preguntes de donde vengo. Ni siquiera permites que reciba visitas.

ANDRES. ¡Visitas de hombres! Yo no me he casado para los demás. Yo deseo que vivas para mí. Que no me condenes á frac y corbata blanca cada tres noches; que me quieras, en fin, como yo te quiero.

JUANA. Tus celos son injustos. Yo no me he casado para encerrarme en un convento. Yo adoro la sociedad.

ANDRES. Y yo te adoro á tí. No pienso más que en tí. La sonrisa que diriges á un indiferente, parece que me la roban.

JUANA. ¿Ve usted? ¡Ni siquiera sonreir! ¡Qué despotismo!

ANDRES. ¿Por qué te empeñas en hacerme desgraciado? ¡Oh ¡si yo hubiese sabido!...

JUANA. ¿Qué? Acaba. ¿Que me gustaba el baile? Pues en uno nos conocimos. Y en un vals te declaraste. Y por cierto que valsabas divinamente. Esas fueron las ventajas de mi boda. Perder un buen valsador y ganar un mal marido.

ANDRES. ¡Juana!

JUANA. Lo grave es vivir contigo; exponerse á sufrir tus exigencias. Hoy tiras á la calle mis vestidos. Mañana me arrojarás á mí. Si querías una mujer de su casa,

como dice papá, haber buscado una provinciana estúpida y sándia, y no haber preferido una joven de mundo y espiritual.

ANDRES. Corriente. Basta de súplicas. No quieres volver á tu casa.

JUANA. No.

ANDRES. ¿Insistes en que vivamos separados?

JUANA. Insisto.

ANDRES. Pues yo te juro á mi vez que si no vuelves hoy á tu casa no entrarás nunca en ella. ¿Te conviene el trato?

JUANA. Convenidos.

ANDRES. La responsabilidad de cuanto suceda es tuya.

JUANA. No me importa.

ANDRES. Á los piés de usted. (Vase.

JUANA. Beso á usted la mano. (Ya volverá.)

ESCENA XVIII

DICHA, IRENE, LUCÍA, AMADEO, luego EMILIA.

IRENE. ¿Qué hay? ¿Se arregló todo?

JUANA. Completamente.

IRENE. Gracias á Dios.

JUANA. Hemos decidido no vernos más.

IRENE. ¿Qué oigo?

LUCIA. Bien hecho. ¡Firmeza!

AMADEO. ¿Te quieres callar?

LUCIA. Nosotras no tenemos por qué apurarnos. Vivimos con papá.

AMADEO. Justo. Quien se apura soy yo.

EMILIA. ¿Vas á comer hoy en casa, Lucía?

AMADEO. Sí, Emilia. Hoy y mañana, y sabe Dios hasta cuándo durará eso.

EMILIA. ¡Calle! ¿Pues qué ocurre?

AMADEO. Que tus dos hermanas regresan al hogar paterno. Juana se separa de Andrés y Lucía se queda á beneficio de inventario.

EMILIA. ¡Dios mío!

IRENE. ¡Es inconcebible!

ESCENA XIX.

DICHOS, ENRIQUE con un ramo.

ENRIQ. ¡Señoras! ¡Señorita! (Le ofrece el ramo.)
EMILIA. Gracias. (Sin tomarlo.)
ENRIQ. ¿Eh?
EMILIA. Todo ha concluido entre nosotros.
ENRIQ. ¿Qué dice usted?
AMADEO. (¡Zambomba!)
IRENE. ¡Niña! ¡Qué significa!
EMILIA. Mis hermanas, víctimas de sus respectivos esposos, vuelven separadas á entrar en casa. Yo no quiero ser desgraciada como ellas, y devuelvo á usted su palabra.
JUANA. Eso debí hacer yo.
LUCIA. Tú al menos escarmientas á tiempo
AMADEO. ¿De modo que rechazas á Enrique?
EMILIA. ¡Le rechazo! Desde hoy en casa con mi papá.
ENRIQ. ¡Gran Dios! (Deja caer el ramo y se sienta en el centro de la esceaa.)
IRENE. ¡Cielos! (Se sienta á la derecha.)
AMADEO. (Id. á la izquierda.) ¡Todas solteras otra vez!
JUANA y LUCIA. (Á Emilia.) ¡Abracémonos hermana mía! (Se abrazan.)
CLARA. (Saliendo.) Aquí está la tila.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salón mucho más elegante que el anterior.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, luego JULIÁN.

ANT. Está visto. La señorita no quiere volver y el señorito se desespera más cada día. En cuanto á mí no es desesperación, es rabia, es locura. (Sigue limpiando los muebles)

JULIAN. (Saliendo por el foro.) ¿Y Andrés? Ha salido.

ANT. No señor. Está en su cuarto.

JULIAN. Avísale en seguida.

ANT. Voy allá. (Vuelve.) Diga usted, señorito, me permite usted hacerle una pregunta.

JULIAN. Habla.

ANT. ¿Cree usted que esta situación va á durar mucho tiempo?

JULIAN. ¿Qué te importa?

ANT. ¿Cómo que no? ¿Cuando se trata de mi dicha?

JULIAN. ¿De tu dicha?

ANT. ¡Está claro! Teresa, doncella de la señorita, y mi mu-

jer desde hace tres meses, tuvo también que abandonarme para seguir á su ama. Tres semanas hace que estamos separados por fuerza, y todas las noches entro en mi cuarto solo, comprende usted.

JULIAN. ¿Por qué no vas á verla?

ANT. Suelo ir de escondite alguna vez, pero... como amigo... ¿comprende usted? Y desde que no vivo con ella la quiero mas. Así somos los hombres.

JULIAN. Así serás tú.

ANT. Figúrese usted. Tres meses de matrimonio. Estamos en plena luna de miel. Y yo creo que hay un medio de arreglar esto... Si el señorito Andrés no quiere tomar á su esposa, que al menos tome la mía.

JULIAN. Bueno. Propóaselo.

ANT. Dios me libre. Tiene un humor de dos mil diablos. Es insoportable, salvo el respeto debido. Le debo cuatro duros de respeto al mes.

JULIAN. ¡Já, já, já! Bien, bien. Díle que le aguardo.

ANT. Voy allá. Esta separación me desconcierta. (*Vase por la primera de la derecha.*)

ESCENA II.

JULIÁN.

¡Pues señor, no hay duda! Andrés echa de menos á su esposa. ¡Si yo pudiera hallar un buen medio para reconciliarles! En cambio mi existencia es tranquila. Sobre todo, la lección que doy á mi mujer suele servirme de mucho. Lucía es buena, y yo la amo, pero se empeña en dominarme y eso no lo tolero. Por lo pronto pienso reanudar antiguas amistades. Sofía. Guapa chica. Modista retirada. Ayer la escribí citándola para hoy á las cinco, Prado noventa y seis, bajo. La casualidad me deparó este nido de amores. Un cuarto coquetísimo habitado por un amigo de la infancia, joven, soltero y ausente de Madrid desde hace ocho dias. Mi modista aceptó desde luego la invitación, y dentro de algunas horas... Sin embargo, engañar tan pronto

mi mujer. ¡No dejar que pase el mes siquiera! Esto es indigno. ¡Monstruoso! Nada, nada. Daré contraorden á Sofía. Que aguarde hasta la semana próxima.

ESCENA III.

DICHOS, ANDRÉS.

ANDRES. Felices, Julianito.

JULIAN. ¡Hola, señor cuñado! ¿Qué tal? Ese compungido rostro expresa una resignación á toda prueba.

ANDRES. ¿Compungido? Pues si estoy más contento que unas páscuas.

JULIAN. Hoy hace tres semanas.

ANDRES. ¿Eh?

JULIAN. Tres que somos solteros y libres.

ANDBES. ¿Te atreves á llevar la cuenta?

JULIAN. ¿Y por qué no? Una fecha no es un dolor. Yo cuento alegremente. Uno, dos, tres, cuatro.

ANDRES. Tu cuentas, y yo olvido.

JULIAN. Según veo no quieres ya á tu esposa.

ANDRES. Me causa horror.

JULIAN. ¡Y tanto como os adorábais!

ANDRES. ¡Mucho! ¡Pero aquello pasó!

JULIAN. Amén.

ANDRES. ¿Sabes lo único que me preocupa?

JULIAN. ¿Qué?

ANDRES. El afán de Juana porque nos separásemos.

JULIAN. Caprichos mujeriles.

ANDRES. Y se me ocurren á veces cosas que... Vamos, ni á decirlas me atrevo.

JULIAN. ¿Estás loco? Eso es una barbaridad. Tu mujer tendrá el genio que quieras, pero de eso á... Pues no eres poco escamón.

ANDRES. ¡Quién sabe!

JULIAN. Dime. ¿No piensas echarte un arreglito?

ANDRES. ¡Ya lo creo! ¿Y tú?

JULIAN. Me echaré dos... lo menos.

ESCENA IV.

DICHOS y ANTONIO.

ANT. ¡Señorito! ¡Señorito! Ahí está mi mujer.

ANDRES. ¿Y qué me importa tu mujer?

ANT. (Habrá egoista.) Es que viene precisamente á hablar con usted.

JULIAN. ¿Si será un parlamentario? Dila que pase. Corre. (Sale Antonio.) De esta manera sabremos algo de tu esposa.

ESCENA V.

DICHOS, TERESA, ANTONIO por el foro.

TERESA. Buenos días, señorito.

ANDRES. Adelante, Teresa.

TERESA. ¿Cómo están ustedes?

JULIAN. Tan gordos y tan buenos. (Á Andrés) (No pongas la cara tan triste, chico.)

ANDRES. ¿Qué tenías que decirme?

TERESA. Vengo de parte de la señorita á recoger sus vestidos de baile, y lo demás que no pudo llevarse cuando se marchó.

ANDRES. (Á Julián.) ¡Los vestidos de baile!

JULIAN. ¿Qué tal, eh?

ANDRES. Apuesto que tu mujer no habrá osado mandar por los suyos.

JULIAN. ¡No! Se los remití yo todos al día siguiente del trueno.

TERESA. Conque si usted lo permite...

ANDRES. Aguarda. ¿Para qué necesita tu ama esos vestidos?

TERESA. ¡Toma! ¡Para ponérselos! Para ir á los bailes.

ANDRES. (Á Julián) ¿Oyes? ¿Oyes?

JULIAN. ¡Mejor! Eso prueba que se divierten.

TERESA. ¡Muchísimo! Mi señorita, sobre todo, se pasa el día cantando, y la noche de tertulia! y van á paseo, y al teatro, y al Retiro.

ANDRES. (Á Julian.) ¿Qué tal?

JULIAN. Que van á todas partes. ¡Mejor! Mucho mejor.

ANDRES. (¡Estoy furioso!) (Á Antonio que contempla extasiado á Teresa.) ¿Qué haces tú aquí, animal?

ANT. ¡Contemplo á mi mujer!

JULIAN. Dime, Teresa. ¿Y la señorita Emilia, se casa ó no se casa?

TERESA. Dice que no se casará mientras sus hermanas estén separadas de ustedes.

JULIAN. Pues mucho tiempo tiene que esperar la infelíz.

ANDRES. ¿Y cómo explican esas señoras á los amigos la situación en que nos hemos colocado?

TERESA. Cuentan la verdad. Que usted movía escándalos á su esposa; y que el señorito Julián tuvo la crueldad de dejar á la señorita Lucía en casa de sus padres, para irse á divertir.

JULIAN. Pues nos colocan en muy buen lugar.

ANDRES. Los tribunales aclararán el caso.

JULIAN. ¿Eh?

ANDRES. Quiero separarme judicialmente. Dilo á tu señorita de mi parte.

TERESA. Descuide usted. ¿Puedo llevarme esos trajes?

ANDRES. Luego. Ve á dar mi recado á la señorita.

TERESA. Corriente.

ANT. Yo te acompañaré hasta la puerta, corazoncito, remonona.

ANDRES. (Á Antonio.) Márchate ó te santiguo. (Queriendo tirarle una silla.)

JULIAN. Ese es el más dichoso de los tres. (Vase por el foro.)

ESCENA VI.

JULIÁN y ANDRÉS.

ANDRES. ¿Conque van á los bailes? ¿Conque se divierten?

JULIAN. ¡Ten filosofía! ¡Haz como yo!

ANDRES. No lo sientes tú, acaso.

JULIAN. Sí. Pero lo disimulo.

ANDRES. ¡La verdad es que estoy furioso!
JULIAN. ¡Yo también, pero no quiero parecerlo!
ANDRES. ¡Infames!
JULIAN. ¡Impías!

ESCENA VII.

DICHOS y ANTONIO.

ANT. ¡Señorito! Por la escalera suben sus suegros de ustedes.
JULIAN. ¿Mi suegro? Que pasen. (Vase Antonio.) Chico, que no conozcan nuestro dolor.
ANDRES. Es verdad. Sería ridículo.
JULIAN. Toca el piano. Yo cantaré.
ANDRES. Dices bien. (Andrés toca el piano. Una canción popular, que á toda voz y muy desafinado, canta Julian.)
JULIAN. Ya están aquí.
ANDRES. Pues aprieta. (Canta con más fuerza.)

ESCENA VIII.

DICHOS, AMADEO é IRENE.

Al entrar quedan estáticos. Pasa un rato sin que los jóvenes les hagan caso.

AMADEO. Están de concierto. Muy buenos días.
IRENE. Felices.
JULIAN. ¡Calle! ¿Son ustedes? ¡Andrés! (Que sigue tocando.) ¡Eh! Pára. ¡Pára, condenado!
ANDRES. (Volviéndose.) ¿Qué ocurre? ¡Ah! ¡No había reparado!
AMADEO. Sabes, hijo mío, que tocas como un demonio.
ANDRES. ¡Pchst! Por pasar el tiempo. Siéntense ustedes. (Acerca sillas, tarareando.)
JULIAN. Si. Siéntense ustedes. (Id., id.)
AMADEO. (Á Irene.) ¡Están como unas sonajas!
JULIAN. (Todos están sentados. Andrés y Julián cantan bajito, dando

muestras de la mayor alegría. Amadeo concluye por tararear también algo. Por último, Julian interrumpe.) ¿Y á qué debemos el honor de la visita?

AMADEO. Venimos á deciros que os estamos aguardando desde hace tres semanas.

ANDRES. Dónde.

AMADEO. En casa.

JULIAN. ¿Para qué?

AMADEO. Para que termine esta situación.

ANDRES. Yo voy á terminarla hoy mismo.

AMADEO. Gracias á Dios.

ANDRES. Separándome judicialmente de mi mujer.

IRENE. ¿Estás loco?

AMADEO. ¿Qué va decir el mundo?

JULIAN. ¡Bah! ¡Ni una palabra!

IRENE. ¿Pero que os hice yo, Dios mío, para que me castigueis así?

ANDRES. ¿Usted? Pero si yo viviría con usted siempre, señora.

JULIAN. Y yo lo mismo. Es el mayor elogio que puede hacerse de una suegra.

ANDRES. (Levantándose.) ¡Pero con Juana, nunca!

JULIAN. ¡Pero con Lucía, jamás!

ANDRES. No insistan ustedes. Es inútil. (Vase por la derecha.)

JULIAN. Es inútil. No insistan ustedes. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IX.

AMADEO, IRENE, luego JUANA y LUCÍA.

IRENE. ¿Qué te parece?

AMADEO. Que no está el horno para bollos, vidita.

JUANA y LUCIA. (Saliendo por el foro.) ¡Ah!

IRENE. ¿Qué veo? ¡Juana! ¡Lucía! ¡Oh, dicha!

JUANA. ¡Papá!

LUCIA. ¡Mamá!

JUANA. ¿Á qué habeis venido?

AMADEO. ¿Á negocios, no es verdad?

JUANA. Como nosotras. ¡Si supiérais cuán felices somos!

LUCIA. Somos felicísimas.
JUANA. Figúrate, papá mío, que Andrés quiere separarse judicialmente. Acaba de decirmelo Teresa, y vengo á darle gracias, y á arreglar el asunto cuanto antes.
LUCIA. Y yo la acompaño para defenderla en caso de apuro.
IRENE. Pues señor, esto se suaviza.
JUANA. ¿Cómo siguen vuestros yernos?
AMADEO. Cuando llegamos, daban una serenata que se caia la casa.
IRENE. Julián cantaba...
AMADEO. Como un sereno.
LUCIA. La desafinación, siempre ha sido su fuerte.

ESCENA X.

DICHOS y JULIÁN.

JULIAN. Mil gracias, señora.
LUCIA. No hablo con usted. Acompaño á mi hermana.
JULIAN. (Se ha puesto más gorda en estos días.) (Á Juana.) Como estás, cuñadita.
JUANA. Gracias. No le conozco á usted. (Toca el timbre.)
JULIAN. Me gusta el aplomo.

ESCENA XI.

DICHOS y ANTONIO.

ANT. ¿Quién llama?
JUANA. Antonio, ve á decir á tu señorito que deseo hablarle.
ANT. Bien, señorita. (Si se arreglara esto.) (Vase.)
JULIAN. (¡Calla, calla! ¡Quiere hablarle!)
IRENE. ¿Qué hacemos nosotros? (Á Amadeo.)
AMADEO. Irnos á ese otro cuarto.
IRENE. ¡Juana! ¡Hija mía! ¡No seas testaruda!
AMADEO. Reflexiona que tienes la culpa de todo.
IRENE. ¡Ven! No puedo contener las lágrimas.
AMADEO. Ni yo, vidita. (Vanse pór la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XII.

DICHOS, menos AMADEO é IRENE, luego ANDRÉS.

LUCIA. (Á Juana.) Supuesto que Andrés quiere separarse, no tendreis mucho que discutir.

JULIAN. (Al público.) ¿Pero señor, qué dichoso soy? Me levanto á las nueve, soltero. Tomo chocolate... de soltero. Cómo en el Inglés, como un soltero, y me acuesto cuando me parece hecho todo un soltero.

LUCIA. Y á mí qué me importa.

JULIAN. No hablo con usted, señora. Me dirijo á un mito.

LUCIA. (Á Juana.) Si yo hubiese sabido que en casa de Andrés había gente extraña!...

JUANA. Cálmate, Lucía.

LUCIA. Tienes razón. Me calmaré.

JULIAN. (Al público.) ¡Cuidado que he sido imbécil! ¿Por qué no hice antes lo que acabo de hacer ahora? Llevaría un año de felicidad.

LUCIA. ¡Qué galantería!

JULIAN. No hablo con usted. Hablo con un mito.

LUCIA. Pues cuidado no vaya el mito á contestar con un bofetón.

JULIAN. Lo ven ustedes. ¡Esta es mi mujer!

ESCENA XIII.

DICHOS y ANDRÉS.

ANDRES. Antonio acaba de decirme que me esperaban ustedes.

LUCIA. Yo no. Mi hermana.

ANDRES. Es igual. Estoy á sus órdenes.

JUANA. ¿Permite usted que Lucía presencie la entrevista?

ANDRES. No tengo inconveniente.

JULIAN. Entonces también yo me convido. (Los cuatro se sientan. Juana y Lucía á la izquierda. Ellos á la derecha.)

JUANA. Según parece, caballero, quiere usted separarse judicialmente?

ANDRES. En efecto. Y pediría el divorcio si las leyes de nuestro país... muy atrasado por cierto, lo permitieran.

JUANA. Precisamente haría yo lo mismo en tal caso.

ANDRES. ¡Sería tan dulce quedar libre!

JUANA. ¡Sería tan encantador el volverse á casar!

ANDRES. ¿Eh?

JULIAN. ¡Chist! ¡Calla!

ANDRES. Concluyamos, señora.

JUANA. ¡Sí, sí! ¡Concluyamos! (Abren la puerta de la izquierda y Amadeo asoma la cabeza. Irene la asoma también, pero por encima del hombro de su marido.)

AMADEO. (Á Irene.) Me parece que reina la mejor armonía.

JUANA. Primer punto decidido. Nuestra separación. (Amadeo cierra la puerta bruscamente.)

ANDRES. Causas que la motivan.

JUANA. Las injurias graves, y los golpes que he recibido de mi esposo.

JULIAN. ¡Canario! También hubo... ¡No sabía nada!

ANDRES. Ni yo tampoco.

JUANA. ¿Y mi vestido de baile? ¿No lo tiró usted por el balcón?

ANDRES. El vestido, no fué usted.

LUCIA. ¿Lo oyes? ¡Ya siente que no fueras tú!

JUANA. ¡Se lo diré al juez!

JULIAN. Creo que no encontrarán ustedes ninguno que quiera escuchar tanta simpleza. (Amadeo asoma la cabeza.)

JUANA. Pues si éso no basta, confesaré que mi marido ha insultado á mí madre y le ha causado una herida en la frente.

ANDRES. ¿Yo?

JUANA. ¡Sí! Usted. Estábamos un domingo comiendo en casa de papá. ¡Comida excelente! ¡Vinos deliciosos!

AMADEO. (Dos duros la botella, me acuerdo muy bien.)

JUANA. Usted chupaba una patita de perdíz. Yo devoraba el alón de un pollo...

ANDRES. No veo en eso ninguna ofensa.

JULIAN. ¡Ni yo!

AMADEO. ¡Ni yo tampoco!

JUANA. Aguarde usted. De pronto mi buena mamá le ofrece á usted un pepinillo... ¡No los como! Exclama usted. ¡Vamos! Pruébalo. ¡Que no los como! Y dando sobre la mesa un puñetazo, rompió usted un plato, cuyos pedazos causaron á mamá una herida que la tuvo en cama quince días. (Ha terminado casi llorando.)

AMADEO. (Pues señor, no me acuerdo de nada.)

ANDRES. Todo eso es falso.

JUANA. Ya lo sé que es falso. Pero yo lo diré así delante del tribunal.

ANDRES. Y yo no permitiré que se me ponga en ridículo.

JUANA. Acepte usted siquiera los insultos contra mi madre.

JULIAN. ¡Dice bien! ¡Acéptalos, chico! ¡Después de todo, es tu suegra!

ANDRES. Existe otro medio más lógico.

JUANA. Veamos.

LUCIA y JULIAN. Veamos. (Acercan las sillas.)

ANDRES. ¡Existe el adulterio!

JUANA. (Furiosa.) ¡Caballero! ¿Cree usted que puedo prestarme á semejante farsa?

ANDRES. ¡Usted no, pero yo sí!

JUANA. ¿Eh?

LUCIA y JULIAN. ¡Veamos, veamos! (Acercan más las sillas.)

ANDRES. Muy sencillo. Alquilo un cuartito en cualquier parte.

JULIAN. (Como el mío.)

ANDRES. ¿Eh?

JULIAN. Sigue, sigue.

ANDRES. Y convido á cenar á cualquier muchacha.

JUANA. ¡Ah! Sería usted capáz de engañarme con cualquiera.

ANDRES. ¡Escuche usted, ó no me separo!

JUANA. ¡Ya escucho! (Los viejos se asoman.)

IRENE. (Á Amadeo.) ¿Se arreglan, Amadeo?

AMADEO. No, vidita.

ANDRES. Este medio, tiene por lo menos la ventaja de ser el de

costumbre.

JUANA. ¿El de costumbre?

JULIAN. ¡Naturalmente! ¡Cómo que todos los maridos engañan á sus mujeres!

IRENE. ¿Es eso verdad?

AMADEO. No lo creas.

JUANA. Nunca aceptaré semejante medio.

JULIAN. Mal hecho. La idea es sublime, y si Lucía quiere...

LUCIA. ¡Qué! Vamos á ver.

JULIAN. ¡Nada! Que nos separamos los cuatro de ese modo.

JUANA. (*Levantándose.*) Injurias y sevicias.

ANDBES. (*Id.*) Infidelidad por mi parte.

JULIAN. ¡Y por la mía! (*Id.*)

JUANA. ¡Basta! Mi abogado decidirá.

LUCIA. Y el mío también..

JUANA. Beso á usted la mano.

LUCIA. Hasta la vista. (*Van á salir.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, AMADEO é IRENE.

AMADEO. ¡Eh! ¡Quietas aquí!

IRENE. Os prohibo ver al abogado.

JUANA. ¡Imposible!

LUCIA. ¡Imposible!

AMADEO. ¿Estais decididas?

JUANA y LUCIA. ¡Sí!

AMADEO. Corriente. Pues no volvais más á mi casa.

JULIAN. ¡Bravo!

ANDRES. ¡Magnífico!

LUCIA. (*Á Juana.*) Nos iremos á un hotel.

AMADEO. Eso será si teneis dinero.

JUANA. Tenemos brillantes, que es lo mismo.

AMADEO. Entonces, buenas tardes. Vámonos, Irene.

IRENE. Aguarda.

AMADEO. No aguardo nada. Cuando se desoyen los consejos de un padre; cuando se quieren convertir en razones

los caprichos ridículos. Cuando... (creo que me voy á atascar.) Cuando...

IRENE. Cuando no se quiere á sus padres...

AMADEO. ¡Eso es! ¡Ni á sus madres! Y por último, cuando la... cuando los... En fin, vámonos. No puedo más. Digo: no sé decir más. Adios. ¡Hasta nunca! (Vanse por el foro.)

ESCENA XV.

DICHOS, menos los viejos.

JUANA y LUCIA. (Yendo detrás de sus padres.) ¡Papá! ¡Mamá!

JULIAN. ¡Ha estado sublime! Tenemos que ir mañana á felicitarle.

JUANA. Con llorar no adelantamos nada.

LUCIA. Dices bien.

JUANA. Vámonos.

LUCIA. ¿Dónde?

JUANA. Donde quieras.

LUCIA. El caso es, que no traigo un céntimo.

JUANA. Yo, sí. (Abre el bolsillo.) Tres pesetas y un sello.

LUCIA. Tenemos que nos sobra.

JULIAN. Un momento, señoras. La galantería no está reñida con la moral.

ANDRES. ¿Eh?

JULIAN. Déjame hablar. Soy hombre de mundo. Quédense ustedes aquí.

JUANA. ¿Aquí? Nunca.

LUCIA. Jamás.

ANDRES. ¿Las oyes?

JULIAN. Cállate. Permítanme ustedes ofrecerles esta casa hasta nueva orden.

ANDRES. (¡Ofrece mi casa!)

JULIAN. Andrés se vendrá á vivir conmigo.

LUCIA. ¿Dónde?

JULIAN. No lo sé. Todavía no vivo en ninguna parte.

JUANA. Si se marchan ustedes, consiento en ello.

LUCIA. ¡Pero pagando!

JULIAN. Bueno. Admitido. Vámonos, chico.

ANDRES. (Esta mujer, es de mármol.)

JUANA. (Este hombre, es de bronce.)

JULIAN. Quedan ustedes en su casa. (Vanse Andrés por el foro derecha, Julián por la izquierda.)

ESCENA XVI.

JUANA y LUCÍA.

JUANA. ¡Pronto quedaremos en paz para siempre!

LUCIA. Si el abogado no nos abandona. La verdad es que tu esposo no te ha injuriado nunca. Si al menos tuviese una querida.

JUANA. ¿Una querida, Andrés? Me quiere mucho para eso.

LUCIA. Puede quererte y engañarte.

JUANA. ¿Sería posible?

LUCIA. Ya lo creo. Pongo la mano en el fuego.

JUANA. ¡Jesús! ¡Calla! ¡Calla!

LUCIA. Cualquiera diría que amas á tu marido.

JUANA. No le amo, pero soy muy celosa.

LUCIA. ¿Y tenías tanto empeño en divorciarte?

JUANA. ¡Sí! Porque esperaba conmoverle.

LUCIA. ¡Pues anda! ¡Pídele perdón!

JUANA. ¡Lucía! ¡Bien dice Julián! Solo sabes agriar las cuestiones.

LUCIA. Eres insufrible. (Vase por la izquierda.)

JUANA. Eres insoportable. (Vase por la derecha. Á poco sale otra vez.) ¡Una querida? ¿Será cierto? (Después de asegurarse que está sola, abre el secreter, y registra. Julián sale y la sorprende.)

ESCENA XVII.

JUANA y JULIÁN.

JULIAN. No se moleste usted. Está usted en su casa.

JUANA. ¡Ah!
JULIAN. Siga usted.
JUANA. Creí que podría colocar aquí algunos objetos.
JULIAN. (Te veo.)
JUANA. (Maldito importuno.) (Vase.)

ESCENA XVIII.

JULIÁN.

Ella celosa. Andrés desesperado. Es preciso reconciliarles. ¿Pero cómo? Si me valiese para ello de la carta de Sofía, mi antigua modista. A ver, á ver. (Saca una carta y lee.) «Queridísimo mío.» Es muy expresiva. ¡Y con unos ojazos y un... «Queridísimo mío: tu carta me ha hecho felíz. Aguárdame á las cinco. Tú Sofía, antes, durante y después. Veinte Abril de ochenta y seis.» Esta carta puede dirigirse á todo el mundo. En vez de aguardar á Sofía, la escribo que no vaya, y sí realizo mi plan, Juana y Andrés se encuentran á las cinco en el cuartito de la calle del Prado. Una vez solos... ellos se avendrán, no hay cuidado.

ESCENA XIX.

DICHOS, ANDRÉS, luego ANTONIO.

ANDRES. ¿Pero dónde demonio se ha metido ese hombre? (Llamando.) ¡Antonio!
ANT. ¡Aquí estoy, señorito!
ANDRES. Haz mi maleta inmediatamente.
JULIAN. ¡Cómo! ¿Te marchas?
ANDRES. Sí... Á Francia, á Inglaterra... ¡Al infierno! Haz la maleta. Nos marchamos esta tarde.
ANT. ¡Qué... nos marchamos!... ¿Yo también?
ANDRES. También.
ANT. Y diga usted, señorito: ¿no podriamos marcharnos mañana?

ANDRES. ¿Por qué razón?

ANT. Porque quisiera despedirme de mi mujer.

JULIAN. Comprende, Andrés, que ellos no están disgustados.

ANT. ¡Qué hemos de estar! Ustedes debían de seguir nuestro ejemplo. Nos queremos como dos golondrinos.

ANDRES. Basta. Ó vienes, ó te despido. Elige. (Vase.)

ANT. (Hombre, me cargan los déspotas.)

ESCENA XX.

DICHOS, JUANA con el sombrero.

JUANA. Antonio, ve á buscar inmediatamente un coche.

ANT. Voy allá, señorita. (Vase.)

JUANA. Estoy decidida. Me marcho á Rusia.

JULIAN. ¡Diablo! ¡Mal invierno va usted á pasar!

JUANA. ¡Estoy en mi derecho!

JULIAN. Ciertamente. (Seamos Maquiavelos.)

JUANA. Quiero aprovecharme de mi libertad.

JULIAN. Bien hecho. Aguardaré entónces su vuelta para decir á usted el recado que Andrés acaba de darme.

JUANA. ¿El recado?

JULIAN. Sí. Muy urgente por cierto, si se ocupase usted de la separación proyectada. Pero marchándose á Rusia...

JUANA. El viaje no retrasará nuestro divorcio. Mi abogado se encarga de ello. Hable usted.

JULIAN. Siendo así, corriente. Pues es el caso, mi querida cuñada, que deseando Andrés terminar cuanto ántes la ambicionada separación, y temiendo que los motivos indicados sean insuficientes, me encarga entregue á usted esta carta, que por sí sola debe bastar para conseguir su deseo.

JUANA. Deme usted.

JULIAN. No se si me atreva...

JUANA. Venga, hombre, venga... (La coge.) «Queridísimo mío ¡Ah! Tu carta me ha hecho felíz. Aguárdame á las cinco. Tu Sofía, antes, durante y después... veinte de

Abril.» Fecha de hoy.

JULIAN. Cabal. Está coleando.

JUANA. Por eso insistía tanto en el adulterio. Por eso no quería insultar á mi madre.

JULIAN. Su intención era sana.

JUANA. ¿Conque es decir que tiene una querida? ¿Que me engaña con otra? ¿Alguna desgraciada?

JULIAN. No tal. Es una condesa.

JUANA. Lo mismo dá.

JULIAN. La Condesa Barbariski, Polaca.

JUANA. ¿Y dónde vive esa miserable?

JULIAN. Prado, noventa y seis, bajo.

JUANA. Gracias. Ya sé lo que he de hacer. (Vase por la primera de la derecha.)

JULIAN. ¡Magnífico! Esta se encaja en la calle del Prado. Ahora se trata de encajar al otro. ¿Pero cómo? ¡Si no conociese mi letra!...

ESCENA XXI.

DICHO, ENRIQUE.

ENRIQ. ¿Se puede?

JULIAN. ¿Eh? ¡Hola! Pase usted, Enrique. Pase usted.

ENRIQ. Vengo á decir á usted dos palabras.

JULIAN. Usted dirá.

ENRIQ. Mi futura no quiere casarse hasta tanto que sus hermanas no vuelvan á reunirse con ustedes. Y como me corre mucha prisa la boda, vengo decidido ó á reunirlos á ustedes ó á que nos rompamos la crismita.

JULIAN. Está usted loco.

ENRIQ. No señor. Estoy enamorado, y todo lo veo negro, su retrato es lo único que me consuela. Siempre lo llevo sobre mi corazón. (Lo saca y vuelve á guardarlo.)

JULIAN. (¡Oh, qué idea!) ¡Vamos á ver, y si yo le prometo á usted que se casará en breve con Emilia!

ENRIQ. ¿De veras?

JULIAN. ¿Quiere usted hacerme un favor?
ENRIQ. Ni medio.
JULIAN. De este favor depende la boda.
ENRIQ. Entonces lo hago.
JULIAN. Siéntese usted y escriba lo que voy á dictarle.
ENRIQ. Dicte usted. (Lucía abre la segunda puerta izquierda mira y escucha.)
JULIAN. »Mi adorada Juana. Te amo, ya lo sabes. Y tú también me amas. No tengo duda.»
LUCIA. (¡Ah pillo!)
JULIAN. «Ya nada nos separa. Te aguardo hoy en mi casa á las cinco, Prado, noventa y seis bajo. Tuyo, tuyo, tuyo.» «Admiraciones.»
ENRIQ. Admiraciones.
JULIAN. Firme usted. «Conde Barbariski.»
ENRIQ. Conde...
JULIAN. ¡Si! Mi nombre de guerra. Para los tapadillos soy Barbariski.
LUCIA. (¡Qué infamia!)
ENRIQ. Y usted me asegura que...
JULIAN. Que dentro de ocho días colma usted sus deseos. (voy á decir á Andrés que he hallado esta carta en el cuarto de su señora.) (Vase por el foro con la carta.)

ESCENA XXII.

ENRIQUE, LUCÍA.

LUCIA. ¡Esto es horrible! ¡Inaudito! ¿Conque se finge un Barbariski?
ENRIQ. ¡Ah! ¿Usted sabe?
LUCIA. Bonito papel está usted haciendo.
ENRIQ. Señora, yo...
LUCIA. ¡Salga usted! Quítese de mi vista.
ENRIQ. Pero señora, yo hago esto para casarme con Emilia.
LUCIA. ¡Habrá insolente! Márchese usted.
ENRIQ. ¡Caramba! Voy á enterar al otro. (Vase foro izquierda.)

LUCIA. Prado, noventa y seis, bajo. Ah, señor marido, seremos tres á la cita. (Vase segunda izquierda.)

ESCENA XXIII.

ANTONIO, AMADEO por el foro.

ANT. Le digo á usted que todavia no se han marchado.

AMADEO. ¿De veras? ¿No me engañas? ¿Siguen aqui mis hijas?

ANT. Si señor.

AMADEO. Voy á decírselo á mi mujer que está esperando abajo. Temiamos que se hubiesen marchado por ahí á la ventura.

ANT. ¡Quiá!

AMADEO. ¡Al fin uno es padre!

ANT. No señor.

AMADEO. ¿Que no soy padre?

ANT. Que no se han marchado. Mire usted, aquí sale una.

ESCENA XXIV.

DICHOS, JUANA.

JUANA. (Llorando abraza á su padre.) ¡Papá, papá de mi alma!

AMADEO. ¿Qué tienes? ¿Qué sucede?

JUANA. ¡Oh! ¡Si tú supieras!

AMADEO. Habla.

JUANA. Mi esposo tiene una querida.

AMADEO. ¿Andrés?

JUANA. ¡Si! La Condesa Barbariski.

AMADEO. ¿Barba qué?

JUANA. Una polaca, papá.

AMADEO. Demonio.

JUANA. Hoy á las cinco están citados en la calle del Prado, noventa y seis, bajo. Ya ves si lo sé todo.

AMADEO. ¡Tú sueñas! (Mirando el reloj.)

JUANA. ¡No! ¡tengo pruebas! ¡Oh! ¡Le voy á estrangular. (Vase por el foro.)

Amadeo. ¡Juana! ¡Juana! ¡Muchacha! Irá como lo dice. Prado, noventa y seis, bajo. (*Vase por el foro.*)

ESCENA XXV.

ANDRÉS, luego IRENE.

Andres. (*Con la carta en la mano.*) Ya sospechaba yo algo de esto. Y el simple de Julian me decia que era una locura. Vea usted cómo mis sospechas eran fundadas. Pero yo encontraré á este Barbariski.

Irene. ¿Eres tú? ¿Qué ocurre? Juana ha salido como una loca. ¡Mi marido corriendo detrás de ella, me dice, márchate á casa, desgraciada!... Quieres explicarme al fin...

Andres. Si señora. Esta carta se lo explicará todo.

Irene. ¡Jesús! (*Después de leer.*)

Andres. Juana iba á la cita.

Irene. ¡Falso! Juana es una mujer honrada.

Andres. Y yo iré también.

Irene. ¡Andrés!

Andres. Y los mataré á los dos, señora. (*Vase.*)

Irene. ¡Detente! ¡Aguarda! ¡Dios mío! Me pongo mala. (*Cae medio desmayada.*)

ESCENA XXVI.

DICHOS, ENRIQUE.

Enriq. Julián se ha encerrado en su cuarto y no quiere ver á nadie. (*Viendo á Doña Irene.*) ¡Pero calla! ¡Doña Irene! ¡Está desmayada! ¡Socorro! ¡Chico!

ESCENA XXVII.

DICHOS, TERESA, ANTONIO.

Teresa. ¿Quién grita?

Ant. ¡La señora!

Enriq. ¡Pronto! ¡Un médico! ¡Digo no! ¡Ya no me acordaba

que yo lo soy! (Llamando.) ¡Señora! ¡La salvaré y me dará su hija! ¡Doña Irene! (Teresa le echa agua.)

IRENE. ¡Ay! ¿Qué me pasa?

ENRIQ. ¡Valor! Gracias á mi ha vuelto usted á la vida.

IRENE. (Levantándose de repente.) Prado, noventa y seis, bajo. (Vase corriendo.)

ENRIQ. ¡Gran Dios! ¡Lo sabe todo! ¡Y va á sorprenderlos! ¡Si yo pudiera llegar á tiempo! Prado, noventa y seis, bajo! (Vase.)

TERESA. Todos se marchan á la calle del Prado.

ANT. ¡Mejor! ¡Así nos dejan solos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Saloncito elegante. Puerta al fondo que deja ver la antesala. Ésta tiene en el fondo otra puertá. Balcón á la derecha. Dos puertas á la izquierda. Dos á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DOLORES, luego JULIÁN.

Al levantarse el telón, Dolores duerme en una butaca. Á poco se oye sonar una campanilla. El sonido se repite varias veces, hasta concluir por un fuerte repiqueteo. Dolores despierta al fin, y sale por el foro. Á poco entran ella y Julián.

DOL. Pase usted, señorito Julián. He tardado un poco en abrir, porque...

JULIAN. Sí. Porque estarías durmiendo, como de costumbre. No te riño por eso. Debes fastidiarte aquí sola.

DOL. Ya ve usted. No hágo nada. Hasta que el señorito regrese de su viaje. ¿Sabe usted cuándo volverá?

JULIAN. Pronto. No te quejes, Dolores. Hoy vas á tener mucho en que ocuparte. Ya sabes que durante su ausencia, soy aquí el amo.

DOL. Y poco que me lo advirtió el señorito.

JULIAN. (Todo está dispuesto. El portero prevenido. Mi plan se desarrolla con gran éxito.) Escucha bien.

DOL. Hable usted.

JULIAN. Dentro de poco, llamarán dos veces.

DOL. Bueno.

JULIAN. Entrarán dos personas separadamente, un caballero y una señora.

DOL. Bien.

JULIAN. El caballero quizás no te pregunte nada. Si te atropella y llega aquí como una bomba, no te asustes. Si rompe los muebles, déjalo.

DOL. Corriente.

JULIAN. Si te pregunta en cambio por el conde Barbariski... ¿entiendes? Barbariski, le dices que ha salido, pero que puede esperarlo.

DOL. Bueno.

JULIAN. Tal vez te pregunte también si hay aquí una señora. Si ésta ha venido, dirás que sí.

DOL. ¿Y si no ha venido, respondo que no?

JULIAN. Eso es. Perfectamente.

DOL. ¿Qué más?

JULIAN. La señora que aguardamos vendrá muy agitada. Tal vez entre como una bomba.

DOL. Bueno. Van dos.

JULIAN. ¿Dos qué?

DOL. Dos bombas.

JULIAN. Te preguntará seguramente por la condesa Barbariski.

DOL. Comprendo. Y luego vendrá la condesa...

JULIAN. No. La condesa no vendrá nunca. La condesa y el conde soy yo. Cuando te pregunte por ella, la dirás que ha salido, pero que puede esperarla.

DOL. Pues ya tiene para rato.

JULIAN. Tal vez quiera saber si hay aquí un caballero. Le dirás que sí ó que no, según el caballero, haya ó no haya venido.

DOL. El mismo juego para la señora que para el caballero.

JULIAN. Cabal. Y cuando estén juntos les dejas solos.

DOL. ¿Y qué más?

JULIAN. Si oyes gritar, no acudas. ¡Ah! Si la señora ó el caballero quieren ocultarse, que se oculten. (Suena la campanilla.)

DOL. Primera bomba.

JULIAN. Abre en seguida. (Sale Dolores.) Y yo me escurro por la puerta falsa. Luego volveré para sacarles de la jaula. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

ANDRÉS, y DOLORES por el foro.

ANDRES. ¿El señor conde dice usted que no está?

DOL. No señor. Ha salido. Pero puede usted esperarlo.

ANDRES. ¿Está usted sola?

DOL. ¿Cómo sola?

ANDRES. Sí. En este momento.

DOL. No señor. Estoy con usted.

ANDRES. (Animal.) Diga usted. ¿Qué clase de persona es el señor conde?

DOL. De carne y hueso como todas.

ANDRES. ¿Es joven ó viejo?

DOL. Joven.

ANDRES. ¿Rubio ó moreno?

DOL. Rubio panocha.

ANDRES. ¿Y... sabe usted si tiene algún apañito?

DOL. ¡No me ha dicho nada!

ANDRES. ¿La condesa vive con él?

DOL. Si, señor, pero ha salido.

ANDRES. Toma.

DOL. Que es esto.

ANDRES. Cinco duros.

DOL. (Los toma.) Gracias, señorito.

ANDRES. Escucha. ¿Te ha dicho tu amo que hoy á las cinco esperaba una señora?

DOL. Sí, señor.

ANDRES. (¡Oh!) Bueno. No quiero saber más. Ocúltame en cual—

quier parte, y cuando tu amo y esa señora estén aquí reunidos, me avisas.

DOL. En cuanto se vean, ó un cuarto de hora después.

ANDRES. ¡No! Tres minutos. ¡Un minuto después!

DOL. Corriente. Venga usted. Se ocultará en mi cuarto, al fondo del corredor. (Llaman.) Ahí está la señora. Pase usted por allá. Voy corriendo á abrir. (Sale por el foro.)

ESCENA III.

ANDRÉS, luego DOLORES y AMADEO.

ANDRES. ¡Cómo me palpita el corazón! ¿Será ella? Necesito verlo. (Se oculta por la primera puerta izquierda.)

AMADEO. La señora Condesa. Pregunto por la señora Condesa.

ANDRES. (Desde la puerta.) (¡Mi suegro! ¡Ah! Vamos. Su esposa lo habrá enterado de...)

DOL. (Nada me advirtió el señorito para este viejo.) La señora Condesa no está en casa.

AMADEO. La esperaré. (Se sienta.)

DOL. No señor.

AMADEO. ¿Eh?

DOL. ¡Imposible!

AMADEO. (Canario.) (Se levanta.) Diga usted. Ha venido por aquí un caballero joven, gordito.

DOL. No señor.

AMADEO. Tome usted.

DOL. ¿Qué es esto?

AMADEO. Cinco pesetas.

DOL. Gracias, señorito.

AMADEO. ¿Puedo escribir dos letras?

DOL. Sí, señor.

AMADEO. (Estoy decidido.) (Se sienta y escribe.) «Señora Condesa. »Le escribe á usted un padre... Abandone usted á An»drés. La dicha del hogar depende de usted. Un padre »se lo ruega. Un padre se lo...» ¿Á qué me atasco?

DOL. ¡Vamos¡ Acabe usted.

AMADEO. «Un padre se lo suplica de rodillas.» ¡Soy un padre, señora! Ya sabe usted lo que es un padre. Y ahora la firma. «Un padre.» No puedo estar más elocuente. (Cerrando la carta.) Si no se enternece, es de piedra berroqueña. (Sobre.) «Señora condesa Barbariski.» Tome usted. ¡Ah! Oiga usted. Voy á decirle lo que ha de hacer cuando venga Andrés.

DOL. ¿Andrés? ¿Quién es Andrés?

AMADEO. No se haga usted la tonta, porque para eso la he dado cinco pesetas. Yo voy al café de enfrente. En cuanto venga Andrés, me hace usted una seña desde este balcón.

DOL. ¿Una seña?

AMADEO. Agita usted cualquier cosa. Una servilleta, una sabana... Digo un pañuelo.

DOL. Todo por cinco pesetas.

AMADEO. Aquí tiene usted siete. (Le da dos.)

DOL. Son dos, señorito.

AMADEO. Bueno, y cinco que le he dado antes, siete. Hasta luego. Voy al café. (Vase.)

DOL. (¿Quién será Andrés? ¿Quién será este viejo?) (Va á marcharse.)

ESCENA IV.

ANDRÉS y DOLORES.

ANDRES. (Saliendo.) ¡Chica! ¡Chica!

DOL. ¡Ah! Señorito.

ANDRES. Toma.

DOL. ¿Qué es esto?

ANDRES. Otros cinco duros para que me des esa carta, y no hagas por el balcón ninguna seña.

DOL. Allá va. (Le da la carta.)

ANDRES. «Señora condesa Barbariski.» ¡Es claro! ¡Le dirá que el Conde la engaña! Luego se la devolveré á mi suegro. (Llaman.) ¿Oyes?

DOL. Pase ustèd por aquí, En el fondo del corredor, la primera puerta. (Vase Andrés por la segunda del foro.)

ESCENA V.

DOLORES, JUANA por el foro.

JUANA. (Muy agitada.) ¿Dónde están esos miserables? ¿Dónde están?

DOL. (Segunda bomba.) La señora, pregunta...

JUANA. Por tu ama.

DOL. La señora Condesa no ha vuelto todavía.

JUANA. La esperaré. (Se sienta.)

DOL. Como usted guste.

JUANA. Dime. (Se levanta.) ¿Qué clase de persona es?

DOL. Quién.

JUANA. Tu ama.

DOL. Una joven de rechupete.

JUANA. ¿Y con quién vive?

DOL. Pero señora...

JUANA. (Sacando el portamonedas.) Toma tres pesetas y un sello.

DOL. Vive con su marido.

JUANA. ¡Ah! ¡Es casada! (Llaman.) Ocúltame.

DOL. Por allí. (Segunda puerta derecha.) (Si esto continúa, voy á poder vivir de mis rentas.)

ESCENA VI.

DOLORES, IRENE, luego ENRIQUE.

IRENE. ¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija?

DOL. ¿Eh?

IRENE. ¡Mi hija no es culpable! Estoy segura.

ENRIQ (Saliendo muy sofocado.) Creo que llego á tiempo.

DOL. ¡Otro!

IRENE. ¿Cómo? Enrique. ¿Usted aquí?.

ENRIQ. La he seguido á usted. Vámonos, señora. Vámonos de esta casa.

IRENE. ¡Mi puesto está aquí! No me marcharé nunca.

DOL. (Pero señor, quién será toda esta gente.) La señora, pregunta...

IRENE. Por el conde Barbariski.

ENRIQ. Tiene usted razón. Vale más hablarle. ¿Quiere usted que me encargue de ello?

IRENE. ¿Pero y mi hija? ¿Y mi hija? ¿No ha llegado aún?

ENRIQ. ¡Ah! ¿Debía venir?

IRENE. ¡Naturalmente! Voy á escribir dos letras. (Se sienta y escribe.)

ENRIQ. (Á Dolores.) ¿Dónde está esa mujer?

DOL. ¡Allí! (Designa la segunda de la derecha.)

ENRIQ. ¡Gracias! (Encerraremos á la Condesa por lo pronto.) (Cierra la puerta con llave.)

IRENE. (Leyendo.) «¡Caballero! Le escribe á usted una madre. »Tenga usted piedad de mi hija. Usted sabe lo que es »una madre. Evite usted una desgracia.» Creo que estoy elocuente. (Pone el sobre.) «Señor Conde de Barbariski.» Tome usted. (Á Dolores.) Entréguela usted al señor Conde. Y si viene mi hija, dígala usted que estoy abajo, en la portería. ¡No puedo alejarme de esta casa! (Vase.)

ESCENA VII.

DOLORES, ENRIQUE.

ENRIQ. ¡Pronto! ¿Dónde está Julián?

DOL. ¿Quién es Julián?

ENRIQ. ¡Vamos! ¡No te hagas la tonta! ¡Lo sé todo!

DOL. ¡Pero señorito!

ENRIQ. Tu amo engaña á su mujer. Me lo ha dicho. Yo fuí quien escribió la carta. Su querida se llama Juana. Ya ves que lo sé todo.

DOL. ¡Pero si yo no conozco á ese don Julián.

ENRIQ. ¡Mientes!

DOL. ¡Se lo juro á usted! ¡Mi amo es el conde Barbarrosqui.

ENRIQ. ¡Mientes! Se finje conde, pero no lo es. Díle en seguida que su esposa y su suegra están en autos.

DOL. ¡Bueno!

ENRIQ. Y que yo estoy con doña Irene en la portería.

DOL. Corriente. ¡Pero qué lío tan grande! ¡Me vuelvo loca!

ESCENA VIII.

DICHOS y LUCÍA.

Al salir Irene dejó abiertas las puertas del foro. Lucía sale cubierta con un velo y muy agitada.

LUCIA. (¡Ah! ¡Enrique!)

ENRIQ. ¿Qué veo? (Á Dolores.) ¿No me digiste que la Condesa estaba allí?

DOL. ¿Otra más? ¡Vaya! Que ustedes se diviertan. (Vase.)

ENRIQ. Señora, no tengo el gusto de conocer á usted; pero soy un amigo de Julián, casi su hermano, y debo prevenirla que su esposa lo sabe todo.

LUCIA. (Descubriéndose.) Gracias, caballero.

ENRIQ. ¡Lucía!

LUCIA. Por lo visto no abandona usted su oficio.

ENRIQ. Señora, yo...

LUCIA. Salga usted.

ENRIQ. Yo hago todo esto para casarme con Emilia.

LUCIA. ¡Hombre! ¡Tiene gracia!

ENRIQ. ¡Oh! ¡Yo me entenderé con Julián! ¡Si creen divertirse conmigo! (¡Va á coger á su esposo en la ratonera. Pero no me importa! ¡Que le coja!) Á los piés de usted. (Vase.)

ESCENA IX.

LUCÍA, luego JUANA.

Juana llama á la puerta.

LUCIA. ¿Conque es en este cuarto donde mi señor marido re-

cibe á sus amadas?

JUANA. (Dentro.) ¡Abrid! ¡Abrid aquí!

LUCIA. ¡Una mujer! Ella será sin duda. (Abre la puerta. Juan' sale.) Salga usted.

JUANA. ¡Lucía!

LUCIA. ¡Juana! ¿Qué haces aquí?

JUANA. ¿Y tú?

LUCIA. Mi marido me engaña. Tengo pruebas.

JUANA. Y el mío también. Estoy segura. Andrés tiene aquí una cita con una mujer á las cinco.

LUCIA. Lo mismo que Julián.

JUANA. ¿Qué me cuentas? ¡Luego entónces, los infames se divierten juntos!

LUCIA. ¡Dios mío! Yo me ahogo. Necesito aire. (Se asoma al balcón y agita el pañuelo como haciéndose aire.)

JUANA. ¡Olvidarnos tan pronto!

LUCIA. ¡Á nosotras que somos unos ángeles!

JUANA. ¡Tanto como yo le amaba!

LUCIA. ¡Pues y yo! (Llaman.)

JUANA y LUCIA. ¡Chist! ¡Ella debe ser!... (Se colocan en el foro cada una detrás de una hoja de la puerta.)

ESCENA X.

DICHAS, DOLORES, AMADEO.

AMADEO. ¿En dónde está? ¡Pronto! ¿Dónde está Andrés?

DOL. ¿Andrés?

AMADEO. ¡Sí! ¡Ya he visto que hizo usted la seña!

DOL. ¿Yo?

JUANA y LUCIA. ¡Es papá!

AMADEO. (Se vuelve y las vé.) ¡Qué veo! ¡Juana! ¡Lucía!

JUANA. ¡Papá de mi alma!

LUCIA. ¡Papá de mi corazón!

DOL. ¿Otro lío?... ¡Esta es una casa de locos! (Vase.)

JUANA. ¡Nos engañan á las dos!

LUCIA. ¡Á las dos, papá!

AMADEO. ¡Calma! ¡Calma!

JUANA. ¿Por qué me casaste con Andrés?

LUCIA. ¿Por qué quisiste que me casara con Julián?

AMADEO. ¿Á que tengo yo ahora la culpa de todo esto? ¡Vamos! ¡Prudencia! ¡Aquí es preciso obrar con mucha prudencia!

JUANA y LUCIA. ¿Y qué hacemos?

AMADEO. Pues la... (Yo no lo sé.) Aguardad un poco. Voy por vuestra madre que está en la portería y ella nos aconsejará... (Ay que diita me están dando.) (Vase por el foro.)

ESCENA XI.

JUANA, LUCÍA, luego JULIÁN.

LUCIA. ¡Pero cuánto tardan en venir los perjuros!

JUANA. ¿Sabrán que estamos aquí?

LUCIA. ¡Calla! (Se oye ruído por la puerta secreta. Las dos mujeres se cubren con el velo. Julián sale.)

JULIAN. ¡Dolores! ¡Dolores!

LUCIA. (Él es.)

JULIAN. (¿Habrá venido Juana?) (Al volverse se encuentra con Lucía que se descubre. Juana está en el foro.) ¡Mi mujer!

LUCIA. ¿Dónde está tu amante?

JULIAN. ¿Mi amante?

LUCIA. ¿Crees que no lo sé todo? ¿La ocultas quizás por ahí dentro? ¡Infame! Yo sabré encontrarla.) (Vase por la izquierda.)

ESCENA XII.

JULIÁN, JUANA, luego DOLORES.

JULIAN. ¡Cáspita! ¿Habrá venido Sofía? Pero si yo la escribí que no viniera. (Oye á Juana que gimotea y se vuelve.) ¡Ah! ¡Ella es! (Coge á Juana de un brazo y la acerca al pros-

cenio.) ¡Imprudente! ¿Por qué has venido?

JUANA. (¿Eh?)

JULIAN. ¡Márchate en seguida! Tu presencia me compromete.

JUANA. (Descubriéndole.) ¡Ah, tunantón!

JULIAN. (María Santísima.) ¿Qué hace usted aquí? ¿Ha visto usted á Andrés?

JUANA. Le estoy aguardando.

JULIAN. ¿Qué significa esto? (Llamando.) ¡Dolores! ¡Dolores!

DOL. Mande usted, señorito.

JULIAN. Responde. ¿Vino el caballero á quien aguardabas? (Á Juana.) Se trata de Andrés.

DOL. Sí, señor. Está oculto en mi cuarto.

JULIAN. Avísale.

DOL. Debo advertir á usted, que han venido á esta casa más de cincuenta.

JULIAN. ¿Eh?

DOL. ¡Jóvenes, viejos, que sé yo! Y todos parecian algo guillatis.

JULIAN. ¿Pero, qué diablos dices?

JUANA. Ve á buscar á Andrés. ¡Corre!

DOL. ¿Quién es Andrés? Aquí no hay ningún Andrés.

JUANA. El caballero que está en tu cuarto.

DOL. Acabáramos. (Vase.)

JUANA. Ya sabemos que usted y mi esposo tienen aqui su criminal guarida.

JULIAN. ¿Eh? No comprendo.

JUANA. ¿Va usted á negar que engaña usted á Lucía?

JULIAN. No; digo sí. Digo... (Andrés viene. Lo mejor es dejarlos solos. (Vase por la segunda izquierda. Andrés sale y ve esconderse la figura de Julián.)

ANDRES. (Corriendo hacia la puerta.) ¡Ah! ¡Se esconde el miserable! ¡Caballero! ¡Caballero!

ESCENA XIII.

JUANA y ANDRÉS.

JUANA. ¿Qué significa eso?

ANDRES. ¡Significa que he descubierto sus intrigas, señora!
JUANA. ¿Mis intrigas?
ANDRES. ¿Va usted á negarlo? Acaso tu presencia aquí no lo prueba.
JUANA. ¡Y tanto como lo prueba!
ANDRES. ¡Niegue usted si se atreve!
JUANA. ¡Cabal! ¡Niéguelo usted!

ESCENA XIV.

DICHOS, AMADEO é IRENE.

AMADEO. ¡Calma! ¡No hay que exasperarse!
IRENE. Déjame hablar primero. (Á Juana.) ¿Qué hacías aquí? Responde.
JUANA. Aguardar á este pillo..
IRENE. ¡Falso! Tu aguardabas al conde Barbariski.
JUANA. ¡Querrás decir á la Condesa!
ANDRES. ¡Me gusta el descaro! Por fortuna he leido la carta.
AMADEO. Mi hija dice bien. Á la Condesa. Á la querida de su esposo.
ANDRES. ¿Eh?
IRENE. ¿Estás loco? No señor. Yo leí muy bien la carta.
JUANA. ¿Qué carta?
AMADEO. ¿Qué carta?
IRENE. La carta del conde. Andrés me la entregó.
ANDRES. Justamente.
AMADEO. ¿Y has visto tú á ese conde?
ANDRES. Hace un instante se marchó por aquella puerta.
IRENE. Pide perdón á tu esposo, hija mía.
JUANA. ¿Perdón? ¿De qué?
ANDRES. ¡Me gusta el descaro!
JUANA. Pero si yo vine solo para cogerle en el garlito.
AMADEO. Cabal. Lo que yo decía.
JUANA. ¿No me enviaste la carta con mi cuñado?
AMADEO. ¿Qué carta?
JUANA. La de Sofía. La carta de la cita.

ANDRÉS. ¿Sofía? ¡Una cita! ¡Dios mío! ¡Si me habré vuelto loco!

ESCENA XV.

DICHOS y LUCÍA.

LUCIA. ¡Nadie! ¡La traidora debió escaparse!
IRENE. ¡Lucía! ¿De dónde vienes?
LUCIA. De buscar á esa mujer. Y yo que esperaba pescarla en el garlito.
IRENE. ¿Á tu hermana?
LUCIA. No. Á Julián y á la otra.
IRENE. ¡Cielos! ¡También Julián!
AMADEO. Pues señor, no he visto familia más aprovechada. ¡Calma! Entendámonos. Vamos á ver. (Á Lucía.) ¿Tu esposo te engaña?
LUCIA. Sí, señor.
AMADEO. Bueno. Me alegro.
LUCIA. ¿Qué te alegras?
AMADEO. Me alegro de ir poniendo esto en claro. ¿Vive aquí esa mujer?
LUCIA. Andrés lo sabrá.
ANDRES. ¿Yo?
JUANA. Quien vive aquí es la tuya.
AMADEO. ¡Aprieta! ¡Aprieta! ¡Calma! Que ya nos íbamos entendiendo. (Á Lucía.) ¿Quién te ha dicho que Julián es infiel?
LUCIA. Yo misma le sorprendí dictando á Enrique una carta, en la cual citaba á su amante en esta misma casa.
IRENE. ¿Aquí? En casa del conde.
LUCIA. Naturalmente.
AMADEO. ¡Ya caigo! ¡Es su mujer! Mujer del conde. ¡Ya está claro.
LUCIA. No, señor. Si el conde es el mismo Julián.
AMADEO. Pues está más oscuro que nunca.

ESCENA XVI.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQ. No encuentro á Julián por ninguna parte.
LUCIA. ¡Enrique! Venga usted. Usted testificará.
ENRIQ. ¿Yo?
LUCIA. Usted escribió la carta. Sea usted franco. Es verdad, sí, ó no, que mi marido me engaña.
ENRIQ. Señora...
AMADEO. Dígalo usted clarito, á ver si nos entendemos.
TODOS. Sí, sí.
ENRIQ. Esta señora sorprendió la carta de Julián. Yo creí que esto apresuraría mi boda.
AMADEO. Bueno. Calma. Dónde está esa carta. ¿Lo ven ustedes? Ya vamos aclarando.
ENRIQ. Julián la mandó á su destino.
AMADEO. ¿Á qué destino?
ENRIQ. Lo ignoro.
AMADEO. ¿Pero no fué usted quién la escribió?
ENRIQ. El sobre, no señor.
AMADEO. (Á Irene.) Corriente. ¿Y tu carta?
IRENE. Mi carta, es esa. (La saca.)
AMADEO. (Á Andrés.) ¿Y la tuya?
ANDRES. Esa. (Mirándola.)
AMADEO. ¿Y la de Enrique?
ENRIQ. Esa. (Id.)
AMADEO. ¿Y la de Lucía?
LUCIA. ¡Esa! (Id.)
AMADEO. Pues entonces... ¡Ea! Que no entiendo una palabra. Se acabó.
JUANA. ¿Y la mía? ¿Y mi carta?
AMADEO. ¿Otra más?
JUANA. La de la Condesa. Aquí esta. (La saca.)
ANDRES. Veamos. No conozco la letra.
TODOS. Ni yo....

ENRIQ. La letra es mía.
AMADEO. ¡Canario! ¿Es usted la condesa?
ENRIQ. ¡La letra de la otra!
IRENE. Parece mentira, caballero, (Á Enrique.) que se haya usted prestado á semejante crímen.
ENRIQ. Pero sí lo hice por apresurar mi boda.
ANDRES. Ha desempeñado usted un triste papel.
ENRIQ. Caballero.
LUCIA. Un papel vergonzoso.
ENRIQ. ¡Señora!
JUANA. Un papel indigno.
ENRIQ. ¡Le juro á usted!...
AMADEO. ¡Pero hombre, qué tunante es usted tan redomado!

ESCENA XVII.

DICHOS, DOLORES, JULIÁN.

DOL. (Anunciando.) El señor conde, y la señora condesa Barbariski.
TODOS. ¡Ah!
JULIAN. Aquí estamos todos.
TODOS. ¡Julián!
JULIAN. (Á Amadeo.) Julián que ha querido, amado suegro, probar hasta la evidencia que este caballero (Por Andrés.) estaba loco por esta señora, (Por Juana.) y esta señora (Por Lucia.) por este caballero. (Señalándose.) Los celos me han servido como sucede siempre. La carta que dicté á Enrique fué para este cándido de Andrés.
ANDRES. ¿De veras?
JULIAN. Y mia fué también la falsa carta de la Condesa.. Este cuartito pertenece á un amigo ausente de Madrid y me ha servido para embromar á ustedes. (Á Juana.)
JUANA. (Á Lucia.) ¡Vamos! Démonos por vencídas. Abrázale.
ANDRES. (Abrazando á Juana.) ¡Cuánto me has hecho sufrir!
JUANA. ¡Cuánto he sufrido!
JULIAN. (Abrazando á Lucía.) ¡Cuánto me has echo sufrir!

LUCIA. ¡Mía fué toda la culpa!

IRENE. (Conmovida.) ¡Gracias á Dios!

AMADEO. ¡No llores, vidita! (Abrazándola.) Abrázame también. (Todos abrazados. Enrique saca su fotografia y la besa.)

JULIAN. Andrés y yo tenemos el honor de volver á pedir á ustedes la mano de sus hijas.

JUANA.
Déjemonos dominar
que el perdón que solicita
no es ya posible negar.

AMADEO.
¡Oh, gracias! (La besa la mano.)

JUANA.
(Á Lucía Id.) Gracias, vidita.

AMADEO.
¡Bravo! Volverse á abrazar.

IRENE.
Vuestro capricho insensato
nos hizo pasar un rato...

ENRIQ.
Al fin logro mi ventura. (Besando el retrato.)

AMADEO.
¿Qué besa usted?

ENRIQ.
¡Su retrato!

AMADEO.
¿El mio?

ENRIQ.
¡El de mi futura!

AMADEO.
Con ella se casará
que á su amor no pongo tasa.
Pero hijas, venid acá.
La que ahora salga de casa
no vuelve CON SU PAPÁ.

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¡No me siga usted!	Comedia en un acto.
El viejo Telémaco	Zarzuela en dos actos.
Sensitiva	Zarzuela en dos actos.
El violinista	Zarzuela en un acto.
¡Adios mi dinero!	Zarzuela en un acto.
La vida en un tris	Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo	Comedia en un acto.
Descarga de artilleria	Comedia en un acto.
Por huir del vecino	Juguete cómico en un acto.
Pirlimpimpin 1.°	Zarzuela bufo-fantástica en 2 actos
Lola	Zarzuela en dos actos.
Se dan casos	Zarzuela en un acto.
Un nuevo Quintiliano	Comedia en un acto.
La copa de plata	Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo	Juguete cómico en dos actos.
Fausto	Parodia en dos actos (de la óp.)
La casa de locos	Zarzuela en un acto.
Dar en el blanco	Comedia en tres actos.
Me es igual	Juguete cómico en un acto.
El forastero	Juguete cómico en tres actos.
El fogon y el ministerio	Juguete cómico en un acto.
Valiente amigo!	Juguete en dos actos.
La ley del mundo	Comedia en tres actos.
Las cerezas	Juguete cómico en tres actos.
Compuesto y sin novia	Zarzuela cómica en tres actos.
Arda Troya	Juguete cómico en tres actos.
La dulce alianza	Juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año	Revista en un acto.
Los dominós blancos	Comedia en tres actos.
El año sin juicio	Revista.
Cambiar de colores	Comedia en un acto.
El doctor Ox	Zarzuela en 3 actos y 6 cuadros.
Los Madriles	Zarzuela en dos actos.
Amapola	Zarzuela cómica en tres actos.
El Chiquitin de la casa	Comedia en tres actos.
El empresario de Valdemorillo	Zarzuela en 2 actos. (Segunda parte de los Madriles.)
El diablo cojuelo	Revista en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá	Revista en un acto.
El dinero en la mano	Comedia en dos actos.
El caballo blanco	Juguete cómico en dos actos.
Historias y cuentos	Zarzuela en dos actos.

Las dos princesas. . . . . Zarzuela en tres actos.
Dimes y diretes. . . . . Juguete cómico en un acto.
El pañuelo de yerbas. . . . . Zarzuela cómica en dos actos.
Ódieme usted, caballero! . . . Juguete cómico en dos actos.
Dos huérfanas. . . . . Zarzuela en tres actos, siete cuadros.
¡¡Ya somos tres!!. . . . . Juguete cómico-lírico en un acto.
¡A sangre y fuego! . . . . . . Juguete cómico-lírico en un acto.
El corregidor de Almagro. . . Zarzuela cómica en tres actos.
¡Aquí, Leon! . . . . Juguete lírico en un acto.
El espejo. . . . . Comedia en tres actos.
Armas al hombro. . . . . Juguete cómico-lírico en un acto.
¡Eh! ¡Á la plaza! . . . . Revista en un acto.
Libre y sin costas. . . . . Juguete cómico en un acto.
Las tres jaquecas. . . . . Comedia en tres actos.
Viaje á Suiza. . . . . Veraneo cómico-lírico en tres actos.
El pais de las gangas. . . . . . Revista en un acto.
Las mil y una noches. . . . . Cuento fantástico en tres actos.
Curarse en salud. . . . . Proverbio en dos actos.
La misa del gallo. . . . . Apropósito cómico lírico en un acto.
Ellos y nosotros. . . . . Cuadro cómico-lírico en un acto.
Madrid—Zaragoza—Alicante. . . Juguete cómico en un acto.
La taberna.... . . . . Melodrama en tres actos.
La cola del gato. . . . . Comedia de mágia en tres actos.
Para casa de los padres. . . . Juguete cómico-lírico en un acto.
Vestirse de largo. . . . . Juguete en un acto.
La ducha . . . . Juguete cómico en tres actos.
La feria de san Lorenzo. . . . . Zarzuela cómica en tres actos.
Agua y cuernos. . . . . Apropósito en un acto.
El milagro de la Vírgen. . . . Zarzuela en tres actos.
Los Fusileros . . . . Zarzuela en tres actos.
La Diva, ... Zarzuela en un acto y dos cuadros.
Niniche.. . . . . Opereta cómica en dos actos.
Música! ¡Música! . . . . Opereta en un acto.
Castillos en el aire. . . . . Zarzuela en dos actos.
La vida madrileña . . . . Zarzuela en un acto y dos cuadros.
Juegos Icarios . . . . Zarzuela cómica en un acto.
Á casa con mi papá . . . . Comedia en tres actos.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración.

ZARZUELAS.

»	»	Á mata caballo	1	Sres. García Valero y Jimenez.	L. y M.
»	»	De Madrid á la Luna	1	Cuenca y M. y T. Fernandez Grajal	L. y M
»	»	El arte del toreo	1	Monasterio y García Parra.	L.
»	»	El himno de Riego	1	N. Fresneda	1/2 M.
»	»	El club de los feos	1	Rubio y Espino	M.
17	4	El país de la castaña	1	Lastra, Ruesga, Prieto, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	Juanito Tenorio	1	Salvador M.ª Granés	L.
»	»	Juegos Icarios	1	Mariano Pina	L.
»	»	La niña de los lunares	1	Tomás Gómez	M.
»	»	La sobrina de su tía	1	Francisco Sedó	M.
»	»	La vida madrileña	1	Pina Dominguez y Offenbach	L. y M.
7	3	La pequeña vía	1	Merino, M. y T. Grajal y Gomez	L. y M.
9	4	La puerta del infierno	1	Delgado y Jimenez	L. y M.
»	»	Les estrenes	1	J. Such Sierra y N.	L. y M.
»	»	Maniá per lo italiá	1	J. Such Sierra y N.	L, y M,
11	2	Manicomio político	1	Granés, Grajal y Gómez	M y 1/2 L.
»	»	Monomanía italiana	1	J. Such Sierra y N.	L. y M.
4	2	Muerto el perro	1	Monasterio y Hernández	L. y M.
»	»	Pasados por agua	1	Flores G.ª y Cabas Galván.	L. y M.
»	»	Pepete	1	N. N.	L. y M,
»	»	Ser y no ser	1	N. N.	L. y M.
»	»	Toros en Vallecas	1	Gascón. Parra y Hernandez.	L. y M.
»	»	Tres y repique	1	Rubio y Espino	M.
4	1	Tula	1	Salvador M.ª Granés	L.
»	»	Vista y sentencia	1	Granés, Sambrónt y Gomez	L. y M.
»	»	Cadiz	2	Burgos, Chueca y Valverde	L. y M.
4	2	En el nombre del padre	2	Navarro, Granés y Rubio	L. y M.
»	»	Cleopatra	3	Mádan y Triay	L.
»	»	Pablo y Virginia	3	Mádan y Triay	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin,* Puerta del Sol; de *Don M. Murillo,* calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg,* calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simon y Compañía*, calle de las Infantas; de *D. Hermenegildo Valeriano,* calle de San Martin 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, *n.º* 12, y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS.** PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior,* rua do Bomjardin, **PORTO.** ITALIA: *Cav. G. Lamperti,* Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN.**

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.